

COSCA VAYO, ESTANISLAO DE (1804-1864)

*ENSAYOS POÉTICOS*

INDICE:

A mis lectores  
No con voces sublimes

ODAS

Oda 1ª  
La Vida

Oda 2ª  
La belleza de Silvia

Oda 3ª  
La Mañana

Oda 4ª  
El Bosque en el estío

Oda 5ª  
A Celina

Oda 6ª  
La Rosa

Oda 7ª  
Los Destinos

Oda 8ª  
La Mudanza

Oda 9ª  
Fileno

Oda 10ª  
La Timidez

Oda 11ª

Las Estaciones

Oda 12<sup>a</sup>  
La Constancia

Oda 13<sup>a</sup>  
El Amor beodo

Oda 14<sup>a</sup>  
Celina

Oda 15<sup>a</sup>  
El campo en otoño

Oda 16<sup>a</sup>  
Las ciudades

Oda 17<sup>a</sup>  
Los Dichos

Oda 18<sup>a</sup>  
De unos Labios

Oda 19<sup>a</sup>  
El Convite

Oda 20<sup>a</sup>  
Celina escondida

Oda 21<sup>a</sup>  
La humildad de mi Lira

Oda 22<sup>a</sup>  
El Amor Rosa

Oda 23<sup>a</sup>  
A una Fuente

Oda 24<sup>a</sup>  
La Aldea

Oda 25<sup>a</sup>  
La Abeja

Oda 26<sup>a</sup>  
Silvia

Oda 27ª  
La Elocuencia de Amor

Oda 28ª  
De qué se compone Amor

Gracias del Bello Sexo

## LETRILLAS E IDILIOS

Letrilla 1ª  
Celina saliendo al campo

Letrilla 2ª  
La célica orilla

Letrilla 3ª  
El beso de amor

Letrilla 4ª  
A unos ojos

Letrilla 5ª  
La Simulación

Letrilla 6ª  
Celia saliendo al campo

Letrilla 7ª  
El día de hoy

Letrilla 8ª  
Por lograr de Silvia un sí

Idilio 1º  
Cupido, rapaz y astuto

Idilio 2ª  
El Retrato del Pastor

## SONETOS

(A mi Primo D. J. M. R. dedicándole los siguientes sonetos)

Del amor en las alas conducidos

Soneto 1°  
En los días de Doña Concha...

Soneto 2°  
La Aljaba

Soneto 3°  
En mi desesperación

Soneto 4°  
Epitafio a una hermosa

Soneto 5°  
Los días de Celina ausente

Soneto 6°  
Despedida de la Poesía

Soneto 7°  
La impresión

Soneto 8°  
A la muerte de Alejandro el Grande

Soneto 9°  
A doña T. B. de P. después de haber cantado una Aria en que hizo resaltar mucho la sensibilidad

Soneto 10°  
En un Cumpleaños

Soneto 11°  
La súplica y la resignación

Soneto 12°  
El Corazón

Soneto 13°  
A la señora Juana de los Santos García, después de haber desempeñado el papel de Rosita en la ópera de El Barbero de Sevilla la noche del 17 de noviembre de 1825.

Soneto 14°  
La partida

ÉGLOGA  
Aminta y Batilo

ODAS  
Oda 1ª  
En honor del Bello Sexo

Oda 2ª  
A Rossini

Oda 3ª  
A la Primavera

Oda 4ª  
Al Invierno

Oda 5ª  
Al Amor

Oda 6ª  
La inconstancia de la suerte

Oda 7ª  
Una niña dando las gracias a la Sociedad de Amigos del País

Oda 8ª  
A una Señorita

Oda 9ª  
La Declaración

Oda 10ª  
La nueva Aurora

Oda 11ª  
Amor reina a todas horas

SILVAS  
En un rompimiento  
¿A quién no vence con su brillo el oro?

El Sí  
¿He oído bien, Celina? ¿Ha pronunciado

La Constancia  
Ya de verde arrayán la sien ceñida

El cuarto de Celia  
¿Es éste el cuarto do mi bien habita?

A los expósitos  
Con motivo de la subscripción hecha por varios señores de esta ciudad para mantenerlos

Segundos días de doña Concha...  
¿Es el sol, es el sol que abre de Oriente

La Mañana  
¿Y no despiertas, mi Celina amada

La Guerra  
Al hermoso dormirse de la tarde

#### A MIS LECTORES

No con voces sublimes  
en cítara de plata,  
cual ministro de Jove,  
diré sus alabanzas.

No al cielo remontado  
contaré las escuadras  
de los bellos luceros  
que preceden al alba.

No tañeré mi lira  
con mano ensangrentada,  
cantando del sañudo  
Mavorte las batallas.

En versos muy sencillos  
y sensibles cantatas,  
retrataré mi pecho  
y el de mi fiel amada.

Entrambos somos uno,  
tenemos sola una alma,  
y pintando la mía

la suya está copiada.

ODA 1ª

*La Vida*

Los días y los meses  
cual humo se disipan,  
y vuelan y no vuelven,  
y mueren y se eclipsan.

Ya raya por el cielo  
la aurora de este día,  
y corre sin que basten  
mis ojos a seguirla.

Tras ella se presenta,  
con majestad distinta,  
el sol en carro de oro,  
y al cenit se encamina.

Salud, salud que viene  
y rayos mil envía,  
con que la tierra toda  
se dora y se ilumina.

¡Qué fuego, qué hermosura  
en el espacio brilla!  
Mil ráfagas coloran  
las nubes encendidas.

Pero, ¡ay!, que ya la tarde  
sus sombras avecina,  
y el globo desaparece,  
y al mar se precipitan.

Adiós, adiós por siempre,  
que ya voló este día,  
por más que lo lloremos  
no volverá en la vida.

Contemos uno menos.  
¡Qué breves se deslizan  
y paso a paso vamos

hacia la tumba fría!

Y entonces, ¿qué las ciencias,  
que ahora nos fatigan,  
podrán proporcionarnos,  
ni la riqueza impía?

Lo mismo que a los ricos,  
al pobre le destinan  
un pedazo de tierra  
do encubierto se olvida;

lo mismo que los sabios,  
el ignorante espira:  
todos de ser acaban,  
y al no existir caminan.

Corramos, pues, veloces,  
corramos, mi Celina,  
a no perder los años  
que fáciles nos rían.

Gocemos en un punto  
siglos sin fin de vida,  
no cuento yo mis años  
sino por mis delicias.

Si gozo en un instante  
más que otro en largos días,  
¿qué importa que yo muera  
y aquél mil años viva?

ODA 2ª

*La belleza de Silvia*

Dio natura a Celina  
por ojos unos soles,  
que abrasan con sus rayos  
las piedras y los hombres.

Dio a Filis para el canto  
las más preciadas voces,  
que en blanda cera tornan



al pecho más de bronce.

En el hablar mil sales  
a Fany concediole,  
y la elocuencia dulce  
que el trato da y la corte.

De timidez y gracia  
las mejillas pintole  
a la niña Dorila,  
imán de los pastores.

Mas si queréis, amigos,  
aquestas perfecciones  
en una sola unidas  
cual obra de los dioses,

venid, veréis a Silvia,  
de quien admira el orbe  
los ojos, la elocuencia,  
la voz, el rostro y acciones.

ODA 3ª

*La Mañana*

Alzad, oh flores bellas  
vestid las nuevas galas,  
que el crepúsculo ríe  
y va a venir el alba.

Ya su capuz la noche  
ligera se levanta,  
y su cendal los cielos  
de desnudarse acaban.

Por medio de él asoma  
un rayo de alba plata  
que las sombras disipa  
y el prado todo aclara.

Lo miran los jilgueros,  
y mil himnos le cantan  
con motetes y trinos

saludando sus gracias.

Los cefirillos brincan,  
y bulliciosos saltan  
de fresco salpicando  
las hojas con sus alas.

Se desatan las fuentes,  
y a murmurar se bajan  
que el céfiro tan pronto  
a despertarlas salga.

Los árboles se mecen  
y juegan con sus ramas,  
contentos con los besos  
que el viento les estampa.

Mas nada de esto vale  
si un punto se compara  
con la gentil belleza  
con que sale mi amada.

Tendidos sus cabellos  
en hebras de oro vagan,  
do se enredan cual yedra  
cupidos que los guardan.

Sus ojos soñolientos,  
cual de Febe la cara  
si nubes transparentes  
la velan apiñadas.

Sus elásticos pechos  
a su placer descansan,  
que libres de su cárcel  
al respirar se escapan.  
Su risa... ¡pero necio!

¿Pretendo yo pintarla?  
Ni aunque un pincel divino  
me diese la mañana.

*El Bosque en el estío*

Al campo, bella Anarda  
que luce el medio día,  
corramos a la sombra,  
que el bosque nos convida.

Bajo el ramaje denso  
que los árboles crían  
tendidos dormiremos  
al son de claras linfas.

Allí las fuentes brotan  
sus aguas cristalinas  
y en hilos de alba plata  
se tienden divididas.

Mil céfiros ligeros  
salpican sus alitas  
y, soplando atrevidos,  
orean y rocían.

Los rayos calurosos,  
que el alto sol envía,  
el bosque no penetran  
y en su espesura espiran.

Entre sus verdes hojas  
ya cuelgan suspendidas  
la purpúrea manzana  
y la pera pajiza.

A cuadros por el suelo  
se ven las florecillas  
embalsamando el aire  
y encantando la vista.

Todo es frescura, todo  
la estación solemniza,  
y a disfrutar placeres,  
acorde, nos incita.

Corramos a gozarlos,  
corramos, oh mi amiga,  
que si hoy gozar podemos,

mañana, ¿quién lo afirma?

ODA 5ª

*A Celina*

Amar es dulce y grato,  
amar es gran deleite,  
mas ser correspondido  
es dicha que le excede.

¡Los dos tener una alma,  
en fuego igual arderse,  
pensar de un mismo modo,  
partirse los placeres!

¡Del pecho la cubierta  
levantar libremente,  
y las secretas penas  
y gozos de él leerse!

No, amiga, no pretendas  
negarme que me quieres,  
privarme de este gusto  
más dulce que las mieles.

Los ojos, si se encuentran,  
¿no miras cuál se entienden,  
cómo de ardor se tiñen,  
cómo en amor se embeben?

¿Y sólo nuestros labios  
son falsos y crueles,  
que mienten frialdades  
cuando el pecho se enciende?

Celina, no sencilla  
a disfrutar te niegues  
en tus floridos años  
los únicos placeres.

Benigno, el cielo dionos  
un corazón que puede

gozar cuantas delicias  
natura nos ofrece.

Soy sensible, tú tierna;  
niños los dos y alegres:  
¿qué ya, pues, esperamos?,  
¡que la vejez nos hiele!

## ODA 6ª

### *La Rosa*

¿De dónde esa rosita,  
graciosa Anarda, traes,  
cuando apenas hay una  
en todos los rosales?

No púrpura tan roja  
he visto y tal realce  
teñir las otras rosas  
cuando el abril las abre.

¡Cuál su color matiza,  
y en lánguido donaire  
un iris de hermosura  
de sus colores hace!

¡Cuál cuelgan de su centro  
tres hojas celestiales,  
do brilla entre desmayos  
el verde más brillante!

El céfiro las besa  
y en ellas se complace,  
y más que nunca hermosas  
se inclinan por pillarle;

mas él tan bullicioso  
cuál presto se retrae,  
y nuevas flores ansía,  
y en busca de ellas parte.

¡Qué bello olor que exhala!  
¡Qué puro y qué fragante!

Ya con él se enriquece,  
y aromas vierte el aire.

¿Qué prado de tal rosa  
será el dichoso padre,  
o en qué rosal tan lindo  
nacido habrá en el valle?

No producen los campos  
capullos de esta clase,  
ni tintas tan hermosas  
unir la tierra sabe.

Cayole a primavera,  
descuidada ayer tarde,  
cuando su mano abría  
las puertas orientales.

Que muerto ya el invierno,  
su deidad triunfante  
asoma dando vida  
a plantas y rosales.

ODA 7ª

*Los Destinos*

Sentado el niño Alexis  
al lado de Dorila,  
con inocente labio  
riendo la decía:

«A cuanto objeto miro  
existir a mi vista  
empleo le dio el cielo  
para que de algo sirva.

Al sol dio que alumbrase  
con sus rayos los días,  
y de plantas y flores  
fuese la acción y vida.

Al mar, que con sus aguas,  
en ríos mil partidas,

regase de la tierra  
los llanos y las cimas.

Al campo, que brotase  
las doradas espigas,  
alimento del hombre  
que alegre lo cultiva.

Al manzano dio fruto,  
al sauce sombra amiga,  
a la fuente cristales,  
al prado clavelinas.

¿Y a ti, bella pastora,  
para qué, di, te haría  
ese cielo que nada  
sin un objeto anima?

¡Ah!, para amar tan sólo  
a tu sexo destina,  
para formar del mío  
los gustos y delicias.

Y si todos los seres  
llenan su empleo, niña,  
¿querrás ser de natura  
tú sola la enemiga?

¡Ay, no!, observa cual ellos  
sus leyes, mi Dorila:  
tú a mí me amarás siempre,  
yo a ti mientras exista».

ODA 8ª

*La Mudanza*

Ayer estaba el prado  
que el oro más pajizo,  
dorado con los rayos  
del sudoroso estío.

El éter azulado,  
que un espejo más limpio,

radiante y luminoso  
cegaba con su brillo.

Mas hoy el prado opaco  
y los cielos sombríos,  
encapotados yacen  
y de luto vestidos.

Las rosas desmayadas,  
tronchados los alisos,  
las ramas por el suelo,  
los frutos desprendidos.

También Fileno un día,  
hermoso cual el lirio,  
era del pueblo envidia  
y de las bellas mimo.

Y ora amarillo y feo,  
con el color marchito,  
busca salud en vano  
y a sus males alivio.

Húyenle las zagalas  
y, con desdén maligno,  
convierten en desprecios  
el anterior cariño.

Fiad, mortales necios,  
del mundanal destino,  
que todo es inconstancia,  
mudanzas y delirios.

ODA 9ª

*Fileno*

A coger bellas flores  
fuese Fileno un día,  
al prado más hermoso  
que riegan estas linfas.

Tal afición tomolas,  
tal amistad tan fina,



que sólo con las flores  
gozaba de alegría.

No sé por fin qué chasco  
le dieron ellas mismas,  
que del color de grana  
se hizo su tez pajiza.

Y es que, cogiendo flores  
hermosas a la vista,  
clavose de una rosa  
alguna aleve espina.

ODA 10ª

*La Timidez*

Las puertas orientales  
abiertas por el alba,  
vi el suelto cefirillo  
que el prado despertaba.

En busca de la esencia  
que el rosicler exhala,  
al campo dirigía  
mi presurosa planta.

El ruiseñor alegre  
los himnos entonaba,  
con que saluda el mundo  
la luz de la mañana.

Bajo un nogal frondoso,  
Celina recostada,  
la pude oír apenas  
aquestas sus palabras.

«Batilo, mi Batilo,  
¡cuán mal juzgas de mi alma!  
Es tierna cual la cera,  
y bronce tú la llamas.

¿Por qué? ¿Por qué en silencio  
el dulce amor la abrasa,

y el labio no publica  
por do quiera que te ama?

¿Mis ojos son de nieve?  
¿No dicen, no retratan  
mi pasión en sus niñas,  
oh, bien claro no te hablan?

Si es tímida la lengua,  
mi sexo la acobarda,  
que mujer que lo dice  
son falsas sus palabras.

Oculto está en mi pecho  
el fuego que me inflama;  
conoce, pues, Batilo,  
a quien padece y calla.

No la fluidez te ciegue  
de torpes cortesanas,  
que toman tantas formas  
cuantas Proteo caras.

Remedan en su rostro  
pasiones que no alcanzan,  
y cómicas por arte  
son viles mercenarias.

Comercian con los ojos,  
se enternecen, se exaltan,  
se alegran y entristecen,  
son unas y son varias.

Pero nosotras simples,  
con sencillez criadas,  
amamos de otro modo  
que las señoras aman.

Y en muchas ocasiones,  
cuando el sí no se arranca,  
no esperes que a su grado  
de nuestros labios caiga.»

## *Las Estaciones*

A unos gusta, Celina  
la alegre primavera,  
que el seco campo viste  
de flor y galas nuevas.

Les gusta ver cuál brilla  
más diáfana la esfera,  
cuál reverdece el monte,  
cuál las fuentes serpean.

A otros de estío placen  
las tardes más serenas,  
y en los limpios remansos  
se bañan y refrescan.

A éste el otoño agrada,  
y ciñe su cabeza  
de racimos dorados  
y de pajizas peras.

Y a aquel joven encantan  
las veladas eternas  
del aterido invierno,  
porque las pasa en fiestas.

Mas yo prefiero siempre  
a la estación más bella  
la estación en que vivo  
junto a Celina tierna.

¿Qué de abril me sirve  
la alegría y belleza,  
si estoy sin ti tan triste  
que da el mirarme pena?

¿De qué las rubias uvas  
de octubre y sus praderas,  
si sumido en la choza  
en nada me recrean?

¡Ay, Zagala! Tus ojos  
más que el estío queman,  
y, riendo, en tu risa

se ve la Primavera.

Teniéndote a mi vista  
de golpe se presentan  
las estaciones todas  
que en el éter alternan.

ODA 12<sup>a</sup>

*La Constancia*

¡Cuál gota a gota filtra  
el agua duras peñas,  
y al fin deshace firme  
las rocas más soberbias!

Al repetido golpe  
del azadón se estrella  
la Encina, cuyos bríos  
los siglos no vencieran.

Se parten las montañas,  
se tornan en praderas  
los enriscados montes  
que hasta el Cielo se elevan.

Constancia vence todos  
los móviles que cercan  
los humanos empeños,  
vence a natura mesma.

Las simples yerbecillas  
que a pulular comienzan,  
serán doradas mieses  
cuando junio descienda.

Con el sudor del rostro,  
los riegos, la inclemencia,  
recogerá el colono  
el fruto de sus penas.

Mas si las nubes viendo  
medroso desespera,  
no añada a sus fatigas

otras fatigas nuevas,  
el campo descuidado,  
se secará la yerba,  
y encontrará inconstante  
perdidas sus faenas.

Tal si nosotros ora,  
que el riesgo nos rodea,  
doblamos, mi Celina,  
el cuello a la cadena,  
nos romperán por siempre  
los lazos de firmeza  
que anudan nuestras almas,  
y nuestro amor estrechan.

Mas si constantes somos,  
¿podrá la tierra entera  
romper tan fuertes nudos  
de ardor y de terneza?

ODA 13ª

*El Amor beodo*

A la sombra del Sauce  
más hermoso del año  
gozaba en esta siesta  
de los sueños más blandos.

A despertarme vino  
un muy galán muchacho,  
gota a gota su frente  
con el calor sudando.

«Salud -me dijo-, vengo  
a descansar un rato,  
que incierto caminante  
por estos bosques vago.»

Dolime de su cuita,  
y con mis propias manos  
limpié su sien hermosa  
y le senté en mis brazos.

Después de clara fuente  
le di en un limpio jarro  
el agua cristalina  
que destilan sus caños.

Bebió riendo, y dijo:  
«Probemos si a mis labios  
sabe mejor el vino  
que el agua que me has dado».

Y me largó una copa  
que sacó de su manto  
en que alegres bebimos,  
en que alegres brindamos.

¿Y quién, decid, sería  
este rapaz muchacho?  
Las señas atestiguan  
que era el alegre Baco.

Pues, no, que amor beodo  
era el niño de que hablo,  
que a amor también le gustan  
los brindis y saraos.

ODA 14<sup>a</sup>

*Celina*

Mirad aquella joven  
que el cierzo más ligera  
triscar por la montaña,  
correr por la floresta.

Mirad sus bellos ojos  
cuán vivos centellean,  
y al sol sus rayos roban,  
su luz a las estrellas.

Pues esa tan hermosa  
es la Celina aquélla  
que tanto en mis cantares  
osa nombrar la lengua.

ODA 15ª

*El campo en otoño*

Si el tedio y la tristeza,  
amigo, te aniquilan,  
al campo ven y goza  
de octubre las delicias.

Al campo ven, que ríe  
y, por doquier, lo animan  
del placer las señales,  
los gustos y la risa.

Verás cuán atrás queda  
la grana más subida,  
si a competir se atreve  
con la manzana altiva.

Verás la pera de oro,  
que hermosa nos convida  
a cortarla del árbol  
que sus ramas inclina.

Verás las ricas vides,  
maduras ya y caídas,  
mostrar las rojas uvas  
de pámpanos vestidas.

El monte da su sombra,  
las fuentes dan sus linfas,  
los cierzos dan frescura  
y el cielo da alegría.

De verdes galas cubre  
el prado sus colinas,  
que el sol con grande pompa  
del cenit ilumina.

El desrollado espacio,  
que tornasola el día  
cual un cristal hermoso,  
puro y tranquilo brilla.

O si la noche tiende  
sus sombras de delicias,  
la luna al punto sale  
plateando las cimas.

Su silencio es agosto,  
y a meditar incita  
el ánimo apacible  
que dulce paz respira.

¿Y tú encerrado vives  
entre verjas indignas,  
que de placeres tantos  
con sus hierros te privan?

Más vale, más, ser pobre,  
tener una chocilla  
y disfrutar los bienes  
que Natura prodiga.

ODA 16ª

*Las ciudades*

El fuego tiene llamas  
que incendian los palacios,  
y con el polvo igualan  
los techos elevados.

Monstruos tienen los mares  
que tragan al osado  
que en una débil tabla  
sus aguas va surcando.

Tienen los montes lobos  
hambrientos e inhumanos,  
que devoran los hombres  
y los corderos mansos.

Plantas los bosques tienen  
cuyo veneno aciago  
al necio que las come  
consume de contado.



Y las ciudades tienen  
hombres y amigos falsos  
que abrasan, tragan, matan,  
y venden con halagos.

ODA 17ª

*Los Dichos*

Que digan que soy loco  
porque pulso mi lira  
y a las grandes tertulias  
prefiero mis odillas;

que digan que, escribiendo,  
malgasto yo mis días  
en versos y en cantares  
que el niño amor me inspira;

que digan que es de necios  
la dulce poesía,  
y obscura y sin aprecio  
me hagan pasar la vida;

que aquestos desaciertos,  
y muchos más, me digan  
los topos o los sabios  
que las ciencias cultivan,

¿podrán quitarme nunca  
la calma y alegría  
en que feliz se duermen  
mis años, bella amiga?

La cítara me trae,  
y déjalos, querida,  
que digan cuanto quieran  
con tal que suene activa.

Entonaré los himnos  
que al baile solemnizan,  
y danzarás en tanto,  
y brincarás festiva.

Y cuando tú te canses,  
sentada en mis rodillas,  
de Málaga bebamos  
la botella más rica.

El hombre de negocios  
y la señora altiva  
estense bostezando,  
o alcázares se finjan,

y presos en el coche  
el viento no perciban,  
que aleja humores malos,  
y engendra la alegría.

Que quiero más ser loco  
contento con mi dicha,  
que cuerdo en las prisiones  
del tedio que respiran.

ODA 18ª

*De unos Labios*

¡Qué bien que sabe el vino!  
¿Celina, lo has probado?  
Tomó sin duda alguna  
el sabor de tus labios.

Segunda vez lo prueba:  
verás, mi dueño amado,  
qué dulce que se torna  
y al paladar qué grato.

¿Qué tiene, di, tu boca,  
que el vino ha variado,  
y licor de los dioses  
volvióse entre tus labios?

Tiene un panal de mieles,  
de ambrosía dos caños,  
y está de almíbar hecha,  
y es del gusto dechado.

Dame, mi hermosa, dame  
un beso y un abrazo,  
y verás cual con ellos  
quedo yo demudado;

que tu boca de rosas  
y tus nevados brazos  
cuanto tocan, mejoran  
y lo vuelven sagrado.

ODA 9ª

*El Convite*

Corre, muchacho, corre  
una botella trae,  
que al son de la cascada  
los brindis me complacen.

Dile a Celina, dile,  
que venga a refrescarse,  
que en esta replazuela  
el viento sopla afable.

Dile que haré si viene,  
de rosas y azahares,  
una corona hermosa  
que embalsame los aires.

Sobre la muelle grama,  
que es trono de zagales,  
coronaré sus sienes  
y adoraré su imagen.

Y en vez de los inciensos  
que ofrecen los mortales  
para aplacar de Jove  
la diestra fulminante,

la ofreceré con gusto  
mi botella, que a nadie  
sino a Celina bella  
debiera regalarse.

Que Baco es mi querido,  
y tanto me distrae,  
que sólo le pospongo  
a tan hermosa amante.

Mas no, muchacho, escucha:  
si el convite aceptare,  
traerás dos botellas  
del vino más suave.

Y beberá Celina,  
y beberá su amante,  
y entrambos más contentos  
pasaremos la tarde.

Que Venus con Lio  
se torna más amable,  
y sin él desdeñosa  
se presenta y cobarde.

ODA 20ª

*Celina escondida*

Tras un rosal muy grande  
que tiene mi Celina,  
escondióse una siesta  
al ver que yo venía.

En su verde ramaje  
la cabeza metida,  
de modo que cubierta  
quedó su tez divina.

Mas el viento, soplando,  
separó una ramita  
y descubrió su boca  
entre las hojas lindas.

Yo, del color guiado,  
créime que sería  
una rosa cual otras  
en el rosal nacida,

y, por gozar su esencia,  
me bajaba, ¡qué risa!,  
a olerla, cuando sale  
de repente Celina.

ODA 21ª

*La humildad de mi Lira*

Si yo, cual otro Orfeo,  
pudiese, con mi lira,  
los seres insensibles  
colgar de su armonía;

si los ríos y fuentes,  
suspensos por oírla,  
callasen el murmullo  
que el viento les inspira;

¡cuál yo cantara entonces  
con voces atractivas  
las lides más sangrientas  
que el fiero Marte anima!

Pero mi lira humilde,  
vezada desde niña  
a amores y cantares,  
que esparzan alegría;

tan altos no consiente  
sus tonos y letrillas,  
y sólo cantar quiere  
placeres y delicias,

que guerras y batallas  
el ánimo contristan,  
y el mío distracciones  
y gozos necesita.

Otros ensalcen lides  
y de laurel se ciñan,  
que yo ensalzar pretendo  
mis bellas zagalillas.

Y aquélla cuyos ojos  
más brillen y más rindan,  
tendrá de mí alabanzas  
ingenuas y sencillas.

ODA 22<sup>a</sup>

*El Amor Rosa*

Conociendo Cupido  
que sólo le adoraban  
cubierto de oro y perlas  
o con la tez rosada,

«yo haré -dijo- que el mundo,  
que el exterior sólo ama,  
desengañado aprecie  
las bellezas del alma».

En rosa transformose,  
los bracitos en ramas,  
su hermoso cuerpo en tallo  
y en hojitas sus plantas.

Viendo una flor tan linda,  
zagales y zagalas,  
de su hermosura avaros,  
corrieron a cortarla.

Mas cuantos, con su mano,  
al llegar la tocaban,  
heridos de una espina,  
huían sin cortarla.

Entonces él, mostrando  
de repente su cara,  
«fiad -decía-, necios,  
de mi color de grana;

y sin mirar si tengo  
espinas que se clavan,  
enamoraos sin seso  
de mi aparente gala.

Así, vuestros amores  
un solo sol los aja,  
porque el tacto reprueba  
lo que la vista alaba».

ODA 23ª

*A una Fuente*

¡Cuál, derramando perlas,  
oh dulce fuentecilla,  
corres con pies de plata  
entre menudas guijas!

¡Cuán bien tu arena de oro  
aparece a mi vista  
al lado de tu espuma,  
que cual aljófar brilla!

¿Dónde tu curso riges?  
¡Ay! Derecho te encaminas  
por la floresta hermosa  
donde mi bien habita.

¿Acaso la conoces?  
¿Has visto tú a Celina,  
la de los ojos grandes  
y rosadas mejillas?

Pues si al oír que pasas  
regando clavelinas  
salieres de su choza,  
del susurro movida,

píntale mis pesares,  
píntale, oh fuentecilla,  
el dolor que me causa  
con su ausencia la esquiva.

Compárame a un cordero  
entre las garras mismas  
del lobo más hambriento  
que en los bosques se cría,

a una yedra que arrancan  
del olmo do vivía,  
a una vid sin la palma  
que la estrechaba amiga,

a una paloma hermosa  
que en medio sus delicias  
despedaza un milano  
con sus uñas impías.

Pero no, dulce fuente,  
mi dolor no le digas,  
que un dolor cual el mío  
palabras no le pintan.

ODA 24ª

*La Aldea*

Ciudades huyo y Cortes,  
porque en ellas no encuentro  
las delicias que busco,  
ni dan un buen momento.

En centinela eterna,  
la envidia y el despecho  
rondan de noche y día  
hasta el alcázar regio.

La insaciable sed de oro  
enardece los pechos  
al vicio cual la cera,  
y a la virtud cual hierro.

Sin cesar, la codicia,  
en tráficos diversos,  
las amistades rompe,  
trastorna los deseos.

Vende al hijo su padre,  
el amigo a su deudo,  
y al que mejor engaña  
le da la palma el pueblo.



Pero en mi pobre aldea,  
en la humildad contentos,  
se quieren y se aprecian  
los simples lugareños.

Trabajando en la reja  
y entre chistes sinceros,  
se les huyen las horas  
en las garras del tiempo.

Y mueren, y sus hijos  
heredan no dinero,  
sino honradez, virtudes  
y el general aprecio.

ODA 25ª

*La Abeja*

De rosa en rosa dando  
con su punzante trompa,  
corre el vergel la abeja  
y un punto no reposa.

La miel a una le quita,  
a otra destruye una hoja,  
a ésta por mustia deja,  
a aquélla alegre ronda.

¿Qué buscará la necia  
que las desprecia todas,  
y, en tantas que le brindan,  
en ninguna se goza?

Es que, teniendo muchas,  
no sabe cuál escoja,  
que la abundancia cierra  
al deseo la boca.

Si tan sólo encontrase  
en el prado una rosa,  
¡oh, cuánto la amaría  
aun no siendo hermosa!

ODA 26ª

*Silvia*

Me gustan, sí, de Silvia,  
los negros ojos grandes,  
y las pobladas cejas  
del Iris fiel imagen,

sus purpúreas mejillas,  
afrenta de rosales,  
do mezclados se miran  
claveles y azahares,

aquellos labios rojos  
más rubios que corales,  
su cuerpo tan gracioso,  
su pelo de azabache,

sus pies, sus lindos brazos,  
sus manos celestiales,  
su cabeza pequeña,  
su garganta tornátil.

¿Qué encuentro, pues, en ella  
que a mi pecho no agrade?  
Que es mujer solamente,  
y ni el nombre me place.

ODA 27ª

*La Elocuencia de Amor*

Huyendo el sol, Celina  
se tendió bajo un roble  
que al lado hay de un mirto  
en lo espeso del bosque.

A sus espaldas, lento,  
un arroyuelo corre,  
que dando en una piedra  
en perlas mil se rompe.

Del murmullo al ruido  
dulcemente durmiese,  
y amor, que la observaba,  
de un brinco allí se pone.

Sacó un aguijón de oro  
de allá de sus arpones  
y de sus labios rosas  
toda la miel libole.

A todos embelesa  
hablando desde entonces,  
¿y qué gracia que sean  
tan dulces sus razones?

ODA 28ª

*De qué se compone Amor*

«¿De qué el amor, Batilo  
-me preguntó Dorila-  
se compone, que siempre  
tan bello me lo pintas?»

«De la esencia más pura  
-le respondí-, mi amiga,  
que el jazmín y la rosa  
de sus hojas destilan.

Es todo dulce néctar,  
es todo miel y almíbar,  
cuando acordes las almas  
se corresponden finas.

Mas si el negro desprecio  
corrompe su ambrosía,  
al punto amor se torna  
más amargo que acíbar».

«Yo quiero, pues, Batilo  
-siguió la inocentilla-,  
probar de amor lo dulce  
sin lo amargo que cría.

Vayamos a buscarle  
los dos en compañía  
y, si viene el desprecio,  
tú al punto me lo avisa».

«No te muevas -la dije-,  
no es menester, Dorila,  
para beber su néctar  
ámame sólo fina».

## GRACIAS DEL BELLO SEXO

*A Celina*

Celina en el Tocador  
¡Cuál apuras, Celina,  
los primores del arte  
al tocador sentada!  
¡Cuán bien vestirte sabes!

Esos graciosos bucles,  
más negros que azabache,  
a tu frente de nieve  
dan un mayor realce.

¡Qué hermosos se presenta!  
¡Qué derechos y qué iguales,  
de tu cabeza bella,  
adornan ambas partes!

¡Cuál tu corsé adelgaza  
tu esbelto y lindo talle!  
Parece que las gracias  
su ceñidor te abracen.

Parece que tu cuerpo,  
delgado más que el aire,  
en molde se convierta  
de gustos y beldades.

Las hermosas lo miren  
y aprendan a adiestrarse,  
verán lo más perfecto

que el amor crear sabe.

Verán de tus caderas,  
que tanto sobresalen,  
la proporción y gracia  
que elásticas las parte.

Ese vestido airoso  
que ni una ruga te hace,  
que a la moda sujeto  
la sencillez no abate;

esa elección de cintas  
de colores y estambres;  
ese sello del gusto  
que tiene tu ropaje,

todo concurre, todo,  
a hacer de ti la imagen  
de la Ciprina diosa  
enamorando a Marte.

¡Con qué desden cruzada  
la linda gasa traes  
trasparente, ocultando  
tus globos celestiales!

A par que tú respiras,  
concita amor su cárcel  
y asoman un momento  
para luego ocultarse.

No los cubre el pañuelo,  
si sólo con donaire  
la hora de descubrirlos  
parece que dilate,

o bien que en su abandono  
pretende el homenaje,  
y que nos dice a voces:  
«Miradme ojos, miradme».

Las rosas y los lirios  
mezclados se complacen  
en teñir, de tus brazos,  
las delicadas partes,

do caído a su grado,  
de plata un terso guante  
hace saltar la grana  
de las desnudas carnes.

¡Qué bien el oro brilla  
en manos virginales!  
En las tuyas aumenta  
su brillantez y esmalte.

Las sortijas que visten  
tus dedos de diamantes  
precio mayor ostentan  
en ellos del que valen.

¡Cuán lindo, cuán pequeño  
tu hermoso pie, con arte,  
juegas vivaz, andando  
sin perder los compases!

Su pequeñez, Celina,  
¡cuánto a mi amor complace!  
Es señal de que fría  
no serás con tu amante.

Sigue estudiando, sigue,  
al tocador las sales,  
la gracia y los adornos  
que a las diosas te igualen.

Estudia de qué modo  
se prende con donaire  
un pañuelo sencillo,  
un sencillo ropaje.

Cuánto puede el buen gusto,  
cuántos tu sexo añade

encantos poseyendo  
de vestirse la clave.

¿Y a qué fin, dulce amiga,  
en estudios cansarte,  
si tienes de las gracias  
las formas más amables?

¿Si un alfiler tan sólo  
no sabes tú clavarte,  
sin que en él se descubran  
del gusto las señales?

Rompe el espejo, rompe,  
no esclavices al arte  
la perfección que abunda  
en tu divina imagen.

Otras, no tan perfectas,  
en sus lecciones hallen  
aumento a su hermosura,  
que a la tuya no es dable.

*Celina en el piano*

Detén, amable maga,  
el giro de tus dedos,  
del piano sofocando  
el armónico estruendo.

¿No sientes los latidos  
que, al percibir tu acento,  
al corazón oprimen,  
en éxtasis oyendo?

La música principia,  
en ti los ojos puestos  
el concurso se agita,  
movido con tus ecos.

Vagan tus albas manos  
más ligeras que el cierzo,  
tu voz acompañando  
con delicioso anhelo.

Tú, muda cual estatua,  
las teclas recorriendo,  
te embebes en sus sonos  
y enciendes más mi pecho.

Cantas, un «ay» despides;  
hielas la sangre al cuerpo

y al momento, inflamada,  
te va el nácar tiñendo.

Nos pintas a Nineta  
dando el adiós postrero  
en los caídos brazos  
de su adorado dueño.

Al ver tu dolor mudo,  
Nineta te creemos  
sobre sí demandando  
el rayo de los cielos.

Lloras, callas, te mueves,  
y en cada movimiento  
bebe el alma afligida  
un dolor y un afecto.

Las lágrimas que caen  
tu rostro humedeciendo,  
muy más bella te tornan  
y a nosotros más tiernos.

¡Y cuál entonces hierven,  
en dulce amor ardiendo,  
cuantos tu canto escuchan  
y se juran tus siervos!

Tu sin par hermosura,  
el entusiasmo ciego  
que la música excita  
y aumenta el embeleso,

tus gracias, tus hechizos,  
tus célicos afectos,  
en tu favor nos hablan  
y tuyo es nuestro pecho.

Los hombres te proclaman  
la Reina de tu sexo,  
cual la rosa es de flores  
por sus colores bellos.

Tus amigas se encantan  
y, tan superior viendo  
a su gracia la tuya,



admiran tus talentos.

Así, del canto Diosa  
y Reina de tu sexo,  
del arte y de Natura,  
eres lo más perfecto.

*Celina sensible*

¡Oh, cómo resplandecen  
la virtud y las gracias  
en tus ardientes ojos  
y en tu divina cara!

Ya si modesta miras,  
parece que retratas,  
del sol, la hermosa hoguera,  
saliendo en pos del Alba.

Ya si los vuelves luego,  
o tímida los bajas,  
remedas a la luna  
de nubes mil velada.

A un relámpago símil  
se cruzan tus miradas,  
que nacen y ya espiran,  
se dejan ver y pasan.

Por su inocencia amable,  
encantan tus palabras,  
tus pláticas tan dulces  
que al mismo amor agradan.

Ese heroísmo noble,  
esa noble confianza  
que grata inexperiencia  
dicta a las grandes almas,

retrato son de un pecho  
do la virtud se espacia  
y que los otros pechos  
juzga que al suyo igualan.

Y como en él es grande

cuanto piensa y cuanto habla,  
extático se entrega  
a la amistad sagrada.

Tú pruebas sus dulzuras,  
tú en su regazo calmas  
el entusiasmo ardiente  
del amor que te inflama.

Su noble antorcha enciendes  
y a su templo arrebatas  
el ánimo de cuantos  
te ven y te idolatran.

Cuando el pudor matiza  
tus mejillas de grana,  
el colorido impone  
que tu virtud declara.

Nuevo atractivo añade  
tu risa, si la exhalas  
cual perlas que destila  
la aurora cuando pasa.

Al verla me enajeno  
y bien te declarara  
lo mucho que te adoro  
y el fuego que me abrasa;

pero tu rostro tiñes  
segunda vez de nácar,  
quizás adivinando  
las voces que ya saltan.

Y yo me sobrecojo,  
y la expresión me falta,  
y sólo sé decirte  
mi afecto en mis miradas.

Mil veces, cuando lees  
de Clara las desgracias,  
y acalorada lloras,  
y sensible te embriagas,

cuando desplegas toda  
la grandeza de tu alma,

y tanto me conmueves,  
y tanto me anonadas,

yo creo ser verdades  
los males que relatas,  
y desgracias presentes,  
no fábulas pasadas.

O bien cuando, contando  
de un infeliz las ansias,  
tus ojos centellean  
y en lágrimas te arrasas,

dulce llanto que sólo  
los sensibles derraman,  
un ser que yo más grande  
mi corazón te llama.

Estas dotes, Celina,  
al cielo te levantan,  
y más que tu belleza  
se precian y tus gracias.

Ellas te harán eterna  
en la memoria humana,  
tu nombre conservando  
y tus virtudes tantas.

## LETRILLAS E IDILIOS

### LETRILLA 1ª

*Celina saliendo al campo*

Rodillas a tierra,  
que sale mi amor.

Cual suele la aurora  
reír en oriente  
y el rayo fulgente  
de luz nos colora,  
así mi pastora  
su choza dejó;  
rodillas a tierra,

que sale mi amor.

¿No veis la cascada  
callar su ruido  
y, en blando sonido,  
cantar su llegada?  
Señal que mi amada  
su rostro mostró;  
rodillas a tierra,  
que sale mi amor.

Allí do el pie mueve,  
la tierna flor salta  
y el prado se esmalta  
de púrpura y nieve,  
y el aura más leve  
mitiga su ardor;  
rodillas a tierra,  
que sale mi amor.

La luz se presenta  
más pura y más clara,  
y, al ver de su cara  
los rayos, se ausenta  
temiendo su afrenta  
al lado del sol;  
rodillas a tierra,  
que sale mi amor.

El tierno jilguero  
se pierde en su canto  
y el árbol, en tanto,  
se mece ligero;  
y aquesto es agüero  
que al prado asomó,  
rodillas a tierra,  
que sale mi amor.

Si el agua y el viento,  
la flor y la planta  
se alegra y encanta  
al ver tal portento,  
¿podrá mi contento,  
podrá ser menor?;  
rodillas a tierra,  
que sale mi amor.

## LETRILLA 2ª

La célica orilla  
del Turia feliz.

La joven más bella,  
envidia de mil,  
que, de amor perdido,  
por siempre seguí,  
en choza pajiza  
habita gentil,  
la célica orilla  
del Turia feliz.

Cupido la erige  
mil templos allí,  
do quema perfumes  
y aromas sin fin;  
mas ella se ríe  
y sale a lucir  
la célica orilla  
del Turia feliz.

Preséntola flores  
de un rico pensil,  
que tiñen la grana  
y el rojo carmín,  
y aquéllas elige,  
que suelen cubrir  
la célica orilla  
del Turia feliz.

En dulce transporte  
su mano cogí  
y el labio mil veces  
besó su jazmín,  
y tuvo, al mirarlo,  
envidia de mí  
la célica orilla  
del Turia feliz.

Tendida y durmiendo  
un día la vi

y amantes palabras  
la quise decir,  
y al punto, enojada,  
me apartó de sí,  
la célica orilla  
del Turia feliz.

Esencia de flores,  
primicia de abril,  
el viento embalsama,  
y ven por aquí,  
a hacer más preciosa  
con tu aura sutil  
la célica orilla  
del Turia feliz.

Si el cielo me diera  
un sitio a elegir,  
do alegre y dichosa  
quisiera vivir,  
¡oh, cuál prefiriera,  
al mismo Madrid,  
la célica orilla  
del Turia feliz!

Mil tronos cediera  
y cetros, diez mil,  
por ser, mi zagala,  
amado de ti,  
y en lazo dichoso  
nos viera existir  
la célica orilla  
del Turia feliz.

### LETRILLA 3ª

El beso de amor.  
Tan dulce la abeja  
no encuentra la flor,  
ni el labio sediento,  
del vino el sabor,  
cual es a un amante  
triunfar del pudor,  
logrando el primero

el beso de amor.

Después de mil ansias  
que tierno venció,  
su Filis, rendida,  
le da el corazón,  
mas él solicita,  
por premio, un favor,  
que imprima en sus labios  
el beso de amor.

Riendo amorosa,  
le dice que no  
y, en grato abandono,  
incita su ardor.  
Entonces, ansioso,  
al ver su pasión,  
en éxtasis goza  
el beso de amor.

A Filis, de grana,  
la tiñe el rubor,  
haciendo más bello  
su hermoso color.  
Sus ojos más vivos,  
más dulce la voz,  
que toda la enciende  
el beso de amor.

De entonces no mira,  
ni busca más sol,  
que el sol de los ojos  
del tierno pastor.  
Su imagen grabada  
al pecho quedó,  
al darle su boca  
el beso de amor.

En lazo de rosas  
atado su honor,  
su dicha ya pende  
de sola su unión:  
que nada a un amante  
jamás le negó,  
quien diole primero  
el beso de amor.

## LETRILLA 4ª

*A unos ojos*

Descubro dos soles,  
¿y sólo hay un sol?

El fúlgido Apolo,  
del día esplendor,  
no quiera del cielo  
ser solo Señor;  
que al punto que miro  
tus ojos, mi amor,  
descubro dos soles,  
¿y sólo hay un sol?

Tus ojos, un día,  
alzaste veloz,  
y, al astro dorado,  
su luz apagó.  
Entonces, al verlo,  
clamé con fervor:  
«descubro dos soles,  
¿y sólo hay un sol?»

Apolo me ha dicho  
que de él hijos son,  
y quiere, en el éter,  
ponerlos el Dios.  
Por eso, al mirarte,  
exclama mi voz:  
«descubro dos soles,  
¿y sólo hay un sol?»

Si sales al prado,  
lo abrasa el calor  
y necios lo achacan  
del sol al ardor.  
Mas viéndolo, digo  
con nuevo tesón:  
«Descubro dos soles,  
¿y sólo hay un sol?»



Allá, en el espacio,  
los pon, por favor;  
no quemem sus rayos  
con tanto rigor:  
que ahora si miro  
tus ojos, mi amor,  
descubro dos soles,  
¿y sólo hay un sol?

## LETRILLA 5ª

### *La Simulación*

Si juego y si río  
con todos cortés,  
y en bailes y fiestas  
contino me veis,  
mirad sin envidia  
mi aparente bien,  
que cercan ya días,  
con rabia cruel,  
dolores al alma,  
y al rostro placer.

Yo adoro infelice  
a un pérfido infiel,  
más duro que el oro  
y hermoso cual él.  
Esquivo me mira,  
y, al ver su desdén,  
valor nuevo finjo,  
tornando a nacer  
dolores al alma,  
y al rostro placer.

Así disimula  
su amor mi altivez  
y sólo desprecios  
le doy a entender.  
Con éste me río,  
en pos voy de aquél  
con cara risueña,  
logrando tejer  
dolores al alma,

y al rostro placer.

De rosas y lirios,  
y rojo clavel,  
coronas le pongo  
a mi blanca sien;  
loqueo en el prado  
y trisco al vergel,  
ciñendo entre tanto,  
que alegre me veis,  
dolores al alma,  
y al rostro placer.

Mas, ¡ay!, que me falta  
valor esta vez  
y caigo abatida  
a tal padecer.  
La voz desfallece,  
nublada la tez,  
no puede, cual siempre,  
dolosa hacer ver  
dolores al alma,  
y al rostro placer.

Ingrato amor mío,  
a mis brazos, ven,  
y cesen las ansias  
que sufro, mi bien.  
Verás cual palpito,  
cual te amo más fiel  
y cual desde ahora  
principia a tener  
placeres el alma,  
y el rostro placer.

LETRILLA 6ª

*Celia saliendo al campo*

Zagalas hermosas,  
del Turia esplendor,  
silencio, que viene  
al campo mi amor.

¡No veis a las flores  
abrir su capullo  
y, en dulce murmullo,  
la fuente reír?

Señal, que ya viene,  
en pos de la aurora,  
mi joven pastora;  
venidla a seguir.

Zagalas hermosas,  
del Turia esplendor,  
silencio, que viene  
al campo mi amor.

Do fija su planta,  
le brotan las rosas,  
esencias preciosas  
despide el vergel

y, en púrpura tinto,  
el prado se esmalta,  
en tanto que salta  
el rojo clavel.

Zagalas hermosas,  
del Turia esplendor,  
silencio, que viene  
al campo mi amor.

Haced, oh pastoras,  
coronas de flores,  
casad los colores  
que el prado os dará,

y, al punto que llegue,  
ornemos sus sienes  
y amor, parabienes,  
cantando vendrá.

Zagalas hermosas,  
del Turia esplendor,  
silencio, que viene  
al campo mi amor.

Aquí, con nosotros,

de gracias seguida,  
mi dulce querida  
vendrá a su placer.

Veréis cual me mira,  
cual juntos juramos  
que a par nos amamos  
a más no poder.

Zagalas hermosas,  
del Turia esplendor,  
silencio, que viene  
al campo mi amor.

En coro armonioso,  
mil himnos cantemos,  
por Celia brindemos,  
al viento el dolor.

Mas no, mis amigos,  
la diosa diviso:  
respeto es preciso  
a tanto fulgor.

Zagalas hermosas,  
del Turia esplendor,  
silencio, que viene  
al campo mi amor.

#### LETRILLA 7ª

*El día de hoy.*

Mis fuentes dulces,  
no durmáis, no,  
regad el árbol,  
regad la flor.

Que muy hermoso,  
del alba en pos,  
ríe, en el cielo,  
el día de hoy.

Cierzo travieso

voló veloz,  
y aves y prados  
ya despertó.

Parleras ellas  
cantan su amor,  
saludo que oye  
el día de hoy.

Saldrá dorando  
montes el sol,  
nuncio felice  
de mi pastor.

Y, al verle ardiendo,  
mi corazón  
tendrá más grato  
el día de hoy.

Danzas y juegos  
ya todo son,  
en selva y bosque  
reina el amor.

La rosa alegre  
rompe el botón,  
su olor recoge  
el día de hoy.

¿Será mañana  
la luz mejor,  
más blanco el lirio,  
más feliz yo?

Dejemos eso  
a la ambición,  
que luce y sobra  
el día de hoy.

La muerte es cierta,  
su instante no;  
quizás al otro  
vendrá el dolor,

y en vano, entonces,  
diré: «pasó

sin disfrutarlo  
el día de hoy.»

### LETRILLA 8ª

Por lograr de Silvia un sí,  
un pastor morir fingía,  
y ella «eres hombre» decía,  
y todos hablan así.

Él la dice: «Ya no quiero  
sufrir más mi triste vida,  
de pena en pena seguida  
y del padecer más fiero.

Desde aquél en que te vi,  
no he tenido bueno un día».  
Y ella «eres hombre» decía,  
y todos hablan así.

Él dice: «¡Si el pecho vieras  
cuán triste y llagado está!  
Compasión, cruel, dará  
a los tigres y a las fieras.

¿Y sólo odio merecí,  
cuando tanto amor pedía?»  
Y ella «eres hombre» decía,  
y todos hablan así.

Él dice: «No vivo, rabio  
cuando estás aquí presente,  
voy a hablarte y, de repente,  
queda en inacción el labio.

Bastante, pues, padecí,  
llegó, al fin, la muerte mía».  
Y ella «eres hombre» decía,  
y todos hablan así.

Él dice: «Tan sólo siento  
tener que dejar tu lado

y estar siempre separado

sin poder gozar tu aliento.

Pero muero, pues de ti  
en vano el alma refía».  
Y ella «eres hombre» decía,  
y todos hablan así.

## IDILIO 1º

Cupido, rapaz y astuto,  
descubrieme vuestro encanto,  
y, al ir a gozar, su manto  
me impidió coger el fruto.

En el caño de una fuente  
vi, bebiendo sin aliño,  
un tierno y hermoso niño,  
bañada en sudor su frente.

Por do estaba más enjuto  
el umbral de su frontera,  
me acerco, y descubro que era  
Cupido rapaz y astuto.

Viene, al verme, como amigo  
y me agarra de la mano,  
«silencio» dijo y, ufano,  
me mandó partir consigo.

Caminamos al fin tanto,  
que, al mirar que me rendía,  
en un bosque que allí había  
descubrieme vuestro encanto.

Loco al verle de alegría,  
corro al bosque donde estaba  
y allí tierno le abrazaba,  
y, riendo, amor lo vía.

Tan dulce y célico encanto  
dobló el fuego ya encendido,  
y entonces tendió Cupido,  
al ir a gozar, su manto.

Tal burló, por un momento,  
el niño traidor mi anhelo,  
y, perdiendo mi consuelo,  
otra vez torné al tormento.

Volviose el placer en luto,  
los transportes en tristeza,  
que su fingida fineza  
me impidió coger el fruto.

## IDILIO 2ª

### *El Retrato del Pastor*

Permite, bien mío,  
te vuelva el retrato  
que alegre me diste  
ayer en el prado.

Es lindo, perfecto,  
me agrada el mirarlo,  
los ojos son tuyos  
y tuyos sus rasgos.

Cual tú se sonrío,  
y vierten sus labios  
la dulce elocuencia,  
los modos más gratos.

Cual tú me seduce  
y cual a ti le amo,  
por su bella copia  
de ti, mi adorado.

Mas, ¡simple!, yo tengo  
un otro que, exacto,  
ni sólo un cabello  
de falta he notado.

¿Y sabes en dónde  
le tengo y le guardo?  
Grabado en el pecho...  
mas no, me lo callo.



## SONETOS

*(A mi Primo D. J. M. R.  
dedicándole los siguientes sonetos)*

Del amor en las alas conducidos,  
lleve el eco, volando, mis cantares,  
desde el Turia al soberbio Manzanares,  
a mi joven Pariente dirigidos.

Las ansias y suspiros repetidos  
que canté en las orillas de estos mares,  
hoy sirvan de amistad en los altares,  
cual en loor de la deidad vertidos.

El entusiasmo y la emoción del alma,  
y la dulce expresión de mis amores,  
en otros tiempos, retrató mi lira;

hoy, libre el pecho y reposando en calma,  
del ciego Dios recuerde los rigores  
que al fin mi suerte, cariñoso, mira.

## SONETO 1º

*En los días de Doña Concha...*

Ya sube el sol la tachonada esfera,  
láminas de oro de su faz lanzando,  
y alegre el mundo, la rodilla hincando,  
resuena en himnos a la ardiente hoguera.

Sale Concha del Turia a la ribera,  
en su día natal feliz triscando,  
y brota por doquier que va pasando  
el cielo luces, flores la pradera.

Lo mira el alba y, envidiosa, llora,  
el dulce canto oyendo de las aves  
que rinden homenaje a la pastora;

y, del Oriente dándole las llaves,

Apolo la proclama nueva Aurora,  
que vierta las esencias más suaves.

## SONETO 2º

### *La Aljaba*

Amor, por ir tras una mariposa  
que de una en otra flor veloz volaba,  
dejó en el suelo su donosa aljaba  
y a prenderla probó mudado en rosa.

Y, mientras fácil su intención graciosa  
y la prisión alegre practicaba,  
la bella Filis, que a su lado estaba,  
sus armas le robó y huyó gozosa.

De entonces ya no existe más tirano  
que envíe al corazón certeras flechas,  
que de Filis cruel la blanca mano;

y deben ser de bronce o mármol hechas,  
según el peso que en el alma siente  
aquél que hieren con su punta ardiente.

## SONETO 3º

### *En mi desesperación A un amigo*

Cierra la tarde de la luz las puertas,  
dormido el sol en medio de los mares,  
y de tropel se arrojan a millares  
las pardas sombras tras las luces muertas.

Las negras selvas, de su horror cubiertas,  
de lejos miran los humeantes lares  
y, donde quiera que la vista alzares,  
verás las flores con la noche yertas.

Ésta es la imagen de la muerte fría,  
que muda en polvo la existencia hermosa

y en densa obscuridad el claro día.

Mas mira mi alma triste y pesarosa  
y hallarás dibujado en su agonía  
más fiel retrato de la cruda Diosa.

#### SONETO 4°

##### *Epitafio a una hermosa*

Un pecho más flexible que la cera,  
una alma que el espacio más grandiosa,  
aquí, disuelta, yace en esta losa  
que fijó la amistad más verdadera.

Lo que ora polvo, ninfa fue hechicera,  
en otro tiempo, y arrogante rosa,  
que Venus la divina más hermosa,  
cuando gloria y honor de Venus era.

Gozó viviendo del loor del hombre  
que aromas sin cesar quemó en su templo,  
y, muerta, el hombre la olvidó al momento.

Por más, oh bellas, que el sepulcro asombre,  
volved los ojos y tomad ejemplo:  
el hombre es humo y la hermosura viento.

#### SONETO 5°

##### *Los días de Celina ausente*

Llegó de tu natal felice el día,  
felice para ti que amor acata,  
para mí tan amargo, a quien maltrata  
con su acerbo puñal la ausencia impía.

Tú no sientes, cual siente el alma mía,  
un fuego lento que la oprime y mata,  
ni te sigue la imagen de una ingrata,  
hermosa cual la luz que el cielo envía.

Tú, de amigos cercada y de parientes,  
de tu natividad alegre goza  
la clara aurora en que feliz naciste;

yo, el suspirar y lágrimas ardientes  
sufra aquí sepultado en esta choza,  
hasta tu vuelta, solitario y triste.

#### SONETO 6º

##### *Despedida de la Poesía*

En tanto que viví, sentí pasiones  
que en mis versos copié y cantó mi lira,  
glorias de amor reí y lloré su ira  
sin poder escapar de sus prisiones.

Ora frías y muertas mis acciones,  
Apolo me desdeña y no me inspira,  
y ninguna beldad mi pecho mira  
capaz ya de llamar sus atenciones.

Rompa, pues, mi dolor la lira triste,  
en otro tiempo mi delicia grata;  
vista el rostro el pesar que mi alma viste;

y de mis glorias la memoria ingrata  
que sin cesar mi corazón embiste,  
la hiel aumente que mi pecho mata.

#### SONETO 7º

##### *La impresión*

Cual la cera al calor, de ardiente llama  
se derrite al mirarte el pecho mío,  
y cual corriente de agitado río  
por todo el cuerpo su volcán derrama.

Se enciende mi color, mi voz se inflama,  
por mis venas discurre un luengo frío,  
tiemblo, dudo, me atrevo, desconfío,

y más y más mi corazón te ama.

A hablarte voy, y el labio se detiene  
quizás temiendo provocar enojos;  
y, en tanto que mi amor callado tiene,

lo dicen sin querer mis tristes ojos,  
siendo fácil leer en tal instante  
en mis ojos amor y en mi semblante.

#### SONETO 8º

*A la muerte de Alejandro el Grande*

En carro de coral, las ruedas de oro,  
envuelto en seda y de laurel orlado,  
va Alejandro llevando por su estado  
atada la fortuna en triste lloro.

Al mirar su riqueza y su tesoro,  
y a sus plantas el mundo arrodillado,  
«¿quién -dice- más que yo? Vedme incensado  
cual ese Dios que del Olimpo adoro».

Lo oyó la muerte, y de la tumba alzando  
su descarnada faz, gritó azorada,  
la guadaña en sus manos empuñando:

«¿Quién, necio, más que tú? Mira mi espada  
el Orbe todo a su placer mandando.  
Sí, polvo serás hoy; mañana... nada».

#### SONETO 9º

*A doña T. B. de P. después de haber cantado una Aria  
en que hizo resaltar mucho la sensibilidad*

Rayos de plata de su sien lanzando,  
entre celajes Diana relucía,  
y en la esfera a brillar se detenía,  
de Nice los acentos escuchando.

La admiraba su voz, su acento blando  
y su dulce expresión y melodía,  
y ufana de escucharla se reía,  
su carro poco a poco despeñando.

Ya, por fin, presurosa se alejaba,  
cuando oye a Nice que gritó: «¡Inhumano!»,  
hasta las duras piedras conmoviendo.

Salta veloz del carro donde estaba,  
y, confiando las riendas a otra mano,  
dijo: «Me place más quedar oyendo».

#### SONETO 10°

##### *En un Cumpleaños*

Crece, niña feliz, en años crece,  
y tanto gusto a tu vivir prepara,  
como gracias relucen en tu cara  
y como tu alma disfrutar merece.

Las flores coge que el amor te ofrece,  
y bella cual la luz, cual ella clara,  
aumento tome tu hermosura rara,  
y en virtud y modestia resplandece.

Tu pecho goce de la calma pura  
que el placer de obrar bien nos proporciona,  
que la dicha a los hombres asegura;

y cada sol que luzca en esta zona  
redoble los hechizos que natura  
concedió de la infancia a tu persona.

#### SONETO 11°

##### *La súplica y la resignación*

¡No partas, oh cruel! Me va la vida,  
mira el despecho y el dolor que siento.  
Si tú un punto probases mi tormento,

¡cuán cierto evitarías tu partida!

Por Dios te queda, mi feliz querida,  
oh, me ahoga el pesar que experimento:  
sin ti infeliz y sin ventura aliento,  
tu vista a las delicias me convida.

Pero, ingrata, tú ríes de mi ruego,  
y a partir te dispones placentera,  
quizás en busca de tu bien ausente;

mas huye, parte de mis brazos luego,  
corre a los suyos que el placer te espera,  
mi pecho deja en el horror que siente.

#### SONETO 12°

##### *El Corazón*

No aquesos ojos cuya luz me mata,  
no tus labios afrenta de la rosa  
ni tu frente bruñida y espaciosa,  
que atrás se deja la brillante plata,

no aquesas pellas en que amor retrata  
los dos veneros do el placer rebosa,  
el lazo son de mi pasión dichosa  
o el grato nudo que a tus pies me ata.

Esa expresión de un noble sentimiento,  
tu corazón cual cera de flexible  
lazan mi voluntad a tu albedrío.

La belleza se eclipsa en un momento;  
mas pecho tal, una alma tan sensible,  
vencen al tiempo y su mudar impío.

#### SONETO 13°

*A la señora Juana de los Santos García, después de haber desempeñado el papel de Rosita en la ópera de El Barbero de Sevilla la noche del 7 de noviembre de 1853.*

Yo te vi Nice que, llorosa y triste,  
en tu canto pintaste las pasiones,  
y la ciencia de atar los corazones  
bella Italiana, desplegar supiste.

Lágrimas tiernas derramar nos viste  
retratando a Nineta entre prisiones,  
y, al romper la razón sus eslabones,  
palpitar de contento nos hiciste.

Por ti, alegre, Valencia ha disfrutado  
la noche con tu canto deliciosa  
en tantas horas de placer que has dado,

mas tan feliz cual hoy y tan graciosa,  
perdona que jamás, Juana, has estado,  
ni tan tierna te he visto y amorosa.

#### SONETO 14°

##### *La partida*

Mi bien se marcha al campo a divertirse  
y se lleva consigo mi alegría,  
así se lleva el sol la luz del día,  
si llega entre tinieblas a cubrirse.

Saltando de placer sabrá partirse  
sin mirar de mi pecho la agonía,  
y puede que de mí se burle y ría,  
cuando yerto de pena llore al irse.

La brinda ya con su belleza octubre,  
vistiendo las campiñas de racimos  
y de frutos los árboles llenando.

El luto y el despecho mi alma cubre  
sin moverla los sitios más opimos  
al mirar que mi amor se está ausentando.

#### ÉGLOGA



Aminta y Batilo

*Aminta*

¡Dichoso tú, Batilo,

que en la grama sentado,  
orilla de las fuentes cristalinas,  
ves caer, hilo a hilo,  
el agua al verde prado  
y esparcirse a regar las clavelinas!  
¡Dichoso tú que, oyendo  
los dulces y parleros ruiseñores,  
puedes ir repitiendo  
al son del caramillo sus amores!

Bala regocijado  
a tu lado el cordero  
retozando con una corderita.  
El álamo nevado,  
meciéndose ligero,  
con su susurro a descansar te invita,  
y el hermoso arroyuelo,  
que entre guijas se aduerme de colores,  
te retrata en su suelo,  
fugaz pasando del vergel las flores.

Triste de mí, cerrado  
en mi pobre alquería  
del campo, no disfruto la hermosura.  
Cual al lobo el ganado,  
huyo la luz del día  
y a respirar no salgo su aura pura.  
Esta estación tan bella  
que renueva la tierra con su aliento  
me recuerda, ¡ay!, aquella  
dulce calma que hacía mi contento.

También de frescas rosas  
ceñí yo mi cabeza  
bailando con las ninfas de estos ríos,  
y más de dos hermosas,  
término de belleza,  
oír quisieron los suspiros míos.  
También pulsé mi lira

cuando tenía mi cabello rojo,  
mas ahora me mira,  
ya tiempo, la fortuna de reajo.

*Batilo*

Dime, querido Aminta:  
cuando ves del invierno  
desparecer por puntos los rigores  
y que el abril nos pinta  
sobre su tallo tierno  
la bella rosa, reina de las flores,  
cuando ves a las nieves  
deshechas descender de la montaña  
corriendo en ondas leves,  
¿te estás cerrado, simple, en tu cabaña?

¿Acaso tus corderos  
habrá el lobo ojeado  
y, de uno en uno, en el redil espiran?  
¿O quizá en tus graneros  
el vil gusano ha entrado  
y perdido su afán tus ojos miran?  
Pues sin causa, no creo  
te entregues al dolor que te atormenta,  
y tan triste te veo  
que es fuerza que cual tú tus males sientas.

*Aminta*

¡Ay!, no, Batilo amigo;  
pace alegre la yerba,  
mi ganado por monte y por pradera,  
y, en su granero, el trigo  
tan fresco se conserva  
cual si hoy cortado el segador lo hubiera.  
Las penas que yo lloro  
tienen, ¡ay!, su raíz dentro del alma.  
Jamás la sed del oro  
yermó un momento en mi interior la calma.

*Batilo*

No hay en todo este valle,  
Aminta, un ganadero  
que contigo no llore y se lamente.  
Y aunque tu lengua calle  
a todos el mal fiero  
que con tanto rigor tu pecho siente,  
mi amistad forma agravio,  
por el común amor que nos tenemos,  
de que también tu labio  
penas me oculte, que partir debemos.

Grato es del arroyuelo  
el murmullo suave,  
grato el be del cordero a la cordera,  
grato a la vista el vuelo  
de la pintada ave  
y más grato el clavel a la pradera;  
mas nada a mí tan grato  
como el son de tu dulce caramillo.  
No seas, pues, ingrato  
y canta tu dolor, que quiero oílo.

### *Aminta*

Fea es la tigre hircana,  
feo del alpe el oso,  
feo a las selvas el lluvioso invierno  
y más fea la cana  
vejez al verde mozo  
que esquivo de sus ayos el gobierno,  
mas nada a mí tan feo  
como la negra ingratitud de un pecho.  
Cumpliré tu deseo  
cantando aquélla que infeliz me ha hecho.

Siendo yo jovencillo,  
cuando apenas cubría  
el vello del albéchigo mi cara  
y arrancar al membrillo  
o al roble no podía  
una rama que resistir osara,  
por alcanzar un nido  
que en un ciprés había de jilgueros,  
a él me subí atrevido  
y caí sobre un cerco de romeros.

Tal me puse el semblante  
de espinas arañado,  
que cual agua la sangre me brotaba.  
Corrí derecho, al instante,  
a lavarme afanado  
a la fuente de amor que cerca estaba,  
y una pastora hermosa,  
que huyendo del calor tomaba el fresco,  
mirándome piadosa,  
«ven, ven -me dijo-, yo lavarte ofrezco».

Lavome cariñosa,  
dejando limpio y sano  
mi rostro y las heridas atajadas,  
mas cada vez que, hermosa  
cual el jazmín, su mano  
mis mejillas tocaba ensangrentadas,  
yo allá dentro sentía  
un incógnito ardor, un dulce almíbar,  
que al punto se volvía,  
al cesar de lavarme, amargo acíbar.

Cual tras la liebre el gamo,  
tras su madre el cordero,  
corrí tras ella desde aquel momento.  
Del pájaro el reclamo  
no era tan lisonjero  
ya para mí, ni su melifluo acento,  
como ver de azucena  
su tez pintada y de clavel batida,  
y su frente serena,  
que la luciente plata más bruñida.

Si venir al Otero,  
de tarde, me ofrecía  
a pacer los ganados juntamente,  
yo llegaba primero,  
y de flores la hacía  
una corona para ornar su frente.  
Ya armábamos con liga  
las matas por cazar los pajarillos,  
ya a la loba enemiga  
íbamos a matar los cachorrillos.

Así, juntos, pasamos,

siempre en juegos iguales,  
tres abriles que huyeron cual un rayo.  
Un día, entre unos ramos,  
vimos de unos rosales  
dos palomas graciosas cual el mayo.  
Se arrullaban rientes  
y su plumaje, bellas, encrespando  
con picadas ardientes,  
mil besos de placer se estaban dando.

«¡Ay! -dije-, ¿ves, Celina,  
(pues éste su nombre era)  
cuál a amar nos enseñan estas aves?  
Mira al pichón cuán fina  
besa su compañera,  
aprende de ellas, ya que amar no sabes».  
Volviose colorada  
y, acercando sus labios a mi boca,  
besome avergonzada,  
dejando de contento el alma loca.

Nunca yo miel alguna,  
tan dulce ni sabrosa,  
probado había, en el panal labrada  
por la abeja importuna  
que la robó a la rosa,  
cual la miel por sus labios destilada.  
Yo bebí una dulzura  
que se esparció por todos mis sentidos.  
Mas, ¡ay!, que de amargura  
estuvieron bien pronto poseídos.

El padre de Celina,  
pastor feroz y altivo,  
que, receloso, en atalaya estaba  
entre una grande encina  
y un más pequeño olivo,  
vio desde allí cuál ella me besaba,  
y con rostro encendido  
vino corriendo y la cogió del brazo;  
yo quedé suspendido.  
¡Ay, entonces rompía nuestro lazo!

Tendió la noche el manto  
dibujado de estrellas  
y a humear las cabañas comenzaron.

Yo regué, con mi llanto,  
de mi ninfa las huellas  
y los senderos que sus pies pisaron.  
Las fieras que rugían,  
validas del horror que noche inspira,  
no tanto me imponían  
cual de su padre la funesta ira.

Abrió, por fin, la aurora  
la puerta al nuevo día  
coronando de luz el alto cielo.  
Mas, ¡triste!, mi pastora  
no vino cual solía  
a hacer brotar la fresca flor al suelo.  
Vi entonces su cabaña  
de par en par abierta y habitada  
por una gente extraña,  
lo estaba viendo y no creía nada.

Ya, pastor, segado hemos  
veces cinco las mieses  
y otras tantas en el lagar corriendo  
el vino visto hemos  
por los opimos meses,  
y en mis desdichas triste voy creciendo.  
Nada de ella he sabido,  
tan sólo que dejaron estos llanos  
y que a habitar se han ido  
unos extraños campos muy lejanos.

### *Batilo*

¡Oh, pastor infelice!  
Tu historia me entenece  
y en lágrimas se bañan mis mejillas.  
El corazón me dice,  
y tu amor lo merece,  
que volverán aquí sus ovejillas.  
Consuélate entre tanto  
y no te entregues todo al desconsuelo.  
Tras de afligido llanto,  
la alegría y placer envía el cielo.

Ven, Aminta, conmigo,  
a mi vecina casa

do un poco se recobre tu agonía.  
Ven, ven, querido amigo,  
en mi fortuna escasa  
quisiera traspasarte mi alegría.  
¡Ay, sexo! ¡Ay, hermosura!  
¡Cuántos dolores en tu tez anidas!  
¡Qué necio el que procura,  
feliz viviendo, que su dicha impidas!

## ODAS

### ODA 1ª

#### *En honor del Bello Sexo*

Dadme la lira, no la lira aquella  
que cantó de la guerra los rigores,  
sino la dulce cítara de amores  
en que ensayé las gracias de una bella.

Amor será mi estrella,  
pues del amor nacido  
cantaré agradecido  
a tantos gustos que bebí en la risa  
de unos labios más rojos que claveles,  
o en las gratas miradas de una Elisa,  
para mí más sabrosas que las mieles.

Tú, que me diste el aire que respiro,  
tú, que entre penas y amoroso llanto  
alegre oíste mi primer suspiro,  
oye de gratitud ora mi canto.

¡Oh, si el precioso encanto  
que tu magia me inspira,  
hoy cantase mi lira  
al son de aquella que mi amigo pulse!  
Perdona, Bello Sexo, su armonía,  
que nunca podrá ser tan grata y dulce  
como es grande el ardor del alma mía.

Yo vi una ninfa, cual el sol hermosa,  
abrir sus venas y saltar partida

en dos caños la fuente de la vida,  
nutriendo en ella la niñez llorosa,  
y, cual luz que a la rosa  
da el olor y la esencia,  
darle así la existencia,  
conservando su cuerpo delicado  
de la dura intemperie de los vientos  
y, en un lecho mullido y regalado,  
burlando los crueles elementos.

Yo vi al niño crecer; la vi sensible  
formar su corazón de tierna cera,  
y el mismo que un león sin ella fuera  
su especie amar a la virtud flexible,  
ardiendo inextinguible  
desde pequeño niño  
en su pecho el cariño.

La vi enseñarle del amor lecciones,  
la virtud tan amable presentando,  
que al escuchar sus mágicas razones  
parece que por ella estaba hablando.

Y era así, que es imagen la hermosura  
de la sacra virtud encantadora,  
como la imagen es del sol la aurora  
cuando la niebla disipar procura.  
Es la efigie más pura  
de la naturaleza  
la celestial belleza,  
principio de los seres que alimenta,  
por quien existen el placer y el gusto,  
por quien el hombre venturoso alienta,  
quien le enseña a vivir feliz y justo.

Brota la juventud tantas pasiones,  
cuantos incendios el Vesubio arroja,  
y al carmín de un reír que se sonroja  
se enternecen los fríos corazones.  
Ya no son sus acciones  
orgullosas y vanas,  
sino dulces y humanas.  
Para lograr el pecho de hermosura  
se torna amable, cariñoso y tierno,  
que nadie ama la roca por lo dura  
ni el áspero rigor del crudo invierno.



El joven en los brazos de su amada,  
gozando sus suspiros y favores,  
bebe mil gustos entre mil ardores  
en celestial, dulcísima lazada.

El mundo se anonada,  
entonces, a su vista  
en tan bella conquista.  
¿Qué son los lauros que el guerrero ostenta  
bañado en sangre, de sudor cubierto,  
al lado de la paz que amor presenta  
al esposo feliz en triunfo cierto?

¡Ver unos ojos de placer brillantes  
dirigir sus miradas con agrado  
al hombre venturoso que han jurado  
ser siempre fieles y adorar constantes!  
¡Ver abrir purpurantes  
unos labios hermosos  
riendo de dichosos!  
¡Engañar con risueñas ilusiones  
las tardas horas sin amor perdidas!  
¿Qué harían nuestros tristes corazones  
privados de vosotras, oh queridas?

En vano ladra la infernal envidia  
publicando defectos de las bellas,  
su virtud y su amor oponen ellas  
de monstruo tan horrendo a la perfidia.  
Mil siglos ha que lidia  
en eclipsar la aurora  
la noche destructora,  
y, por eso, no pierde sus colores,  
ni deja de salir desde el Oriente,  
dando vida a las plantas y a las flores  
con sus rayos de luz resplandeciente.

Esos lunares que el engaño pinta  
son relieves que adornan las hermosas,  
y bellas, con espinas, son las rosas  
que abril colora con celeste tinta.  
Ni la luz es distinta  
en un día nublado  
que en un otro dorado.  
Distingue al toro su afilado cuerno,

al águila soberbia su corona,  
y a la amante mujer un pecho tierno  
que ennoblece su ser y su persona.

## ODA 2ª

*A Rossini*

¿Qué celestial encanto  
discurre por mis venas?  
¿A dónde huyeron las amargas penas  
que me afligían tanto?  
¿Qué embeleso me tiene alborozado,  
en el placer nadando mis sentidos,  
de júbilo arrobado?  
¿Qué dulzura perciben mis oídos  
de la música heridos?  
Es natura que puso en armonía  
cuantos objetos en la tierra cría.

Uniose el ronco trueno  
al suave sonido  
del río que desliza, dividido,  
por el vergel ameno;  
el continuo mecerse de los pinos,  
de recios vendavales agitados,  
a los sonoros trinos  
del ruiseñor, cantando entre los prados  
del eco acompañados;  
y el grande estruendo de la mar undosa,  
al susurro de abeja vagarosa.

Así, juntos los sonos,  
salió el feliz concierto  
que extasía el pecho a la impresión abierto  
de todas las pasiones.  
En los bramidos de las olas fieras  
se retrató el horror y los furores,  
y en las dulces, parleras  
alboradas del ave, los ardores  
de fieles amadores;  
así habló la armonía a nuestra alma  
dándonos inquietud o grata calma.

Mas era indispensable  
que algún genio divino  
fingiese trinos mil en sólo un trino,  
que este don apreciable  
elevase hasta el cielo con su gusto,  
y, saltando del arte la barrera,  
al hombre más adusto  
arrebataste a la divina esfera  
de su magia hechicera,  
que en dos puntos trazase dos afectos  
y que todos sintiesen sus efectos.

Tal lo quiso natura,  
y desde el éter dijo:  
«Nazca este genio, de armonía el hijo».  
Y al momento, ¡oh ventura!,  
nació Rossini. Dadme, dadme rosas  
que desparza a dos manos en su cuna.  
Ved sus palmas gozosas  
batir la Europa con las artes a una,  
ved suspender la luna  
su fúlgida carroza por el viento,  
de orgullo llena y ebria de contento.

¿Quién su expresión no admira  
cuando, de amor llagado,  
explica su pasión al dueño amado  
y con placer suspira?  
¿O quién, si más sublime se engrandece,  
resiste a sus magníficos cantares,  
o inciensos no le ofrece  
de la noble invención en los altares?  
Los sones a millares  
se suceden y mudan en un canto,  
y siempre dan al alma el mismo encanto.

A él fue dado, tan sólo,  
copiar el estallido  
del trueno aterrador, cuando encendido  
retumba por el polo;  
el bullir de las aguas que descienden;  
el choque de dos vientos encontrados,  
que opuestos se defienden  
en los cielos de negro empavesados;  
y el reír de los prados,

cuando la fiera tempestad se aleja  
y en ocio blando sus rosales deja.

Celoso el triste Otelo  
su venganza medita,  
y en el furor su corazón se agita  
sin encontrar consuelo.  
La música también le sigue entonces,  
la música habla más que sus acentos.  
Siente el mármol y el bronce  
oyendo los acordes instrumentos,  
y, en aquellos momentos,  
en cada espectador se ve un Otelo  
que al verle participa de su anhelo.  
Sentencian a Nineta  
siete fieros tiranos,

y, al escuchar sus gritos inhumanos,  
todo el pueblo se inquieta.  
Circula el entusiasmo por el pecho,  
hierva la sangre y, de coraje mudo,  
ansía mirar desecho  
aquel injusto tribunal que pudo,  
de virtudes desnudo,  
condenar la inocencia y la hermosura,  
hollando los decretos de natura.

Aureliano en Palmira,  
la infeliz Cenicienta,  
y tantos partos que la Italia cuenta  
y el mundo todo admira,  
le conducen al templo de la fama,  
do, ceñida de lauro la cabeza,  
gloria inmortal le llama.  
Allí Apolo, ostentando su grandeza  
y juvenil belleza,  
escribirá su nombre en letras de oro,  
siendo aclamado del celeste coro.

Y jamás su memoria  
dormirá en el olvido,  
por más que un siglo al otro siglo unido  
quiera eclipsar su gloria.  
Siempre nuevas sus obras por hermosas  
serán buscadas cual del gusto sello,  
las jóvenes esposas

y el anciano, de nieve su cabello,  
repetirán tan bello  
y armónico cantar mientras existan  
y los campos de flor su suelo vistan.

Eternamente mora  
en el espacio Febo,  
siempre es el mismo, nunca es otro nuevo.  
De su primer aurora  
lo ve ya el niño, y su esplendor le encanta;  
cuando joven y anciano más le admira,  
el tiempo se adelanta,  
los siglos ruedan y, por siempre, mira  
la triste edad que espira,  
al sol hermoso derramar constante  
tantos rayos de luz vivificante.

ODA 3ª

*A la Primavera*

Ya de una en otra peña alegre salta,  
en líquidos cristales convertida,  
blanca nieve que baja a dar la vida  
a cuantas flores salpicando esmalta,  
en ríos mil partida.

Ya convida el ruido de la fuente,  
que en hilos de alba plata va cayendo  
y el ánimo cansado adormeciendo  
con el grato placer que el alma siente,  
su dulce son oyendo.

Ya pululan las hojas en las ramas  
del árbol que desnudo se veía,  
ya puro brilla y luminoso el día,  
y el sol enciende sus brillantes llamas  
con pompa y alegría.

Ya canta el ruiseñor veloz volando  
de rama en rama al nido de su esposa,  
que al encuentro le sale cariñosa,  
con regalada voz acompañando,  
su piada amorosa.

Mil gratos cefirillos aparecen  
que, bañando sus alas en el río,  
van derramando su vital rocío  
del árbol en las hojas, que se mecen  
con denodado brío.

Y todo anuncia la feliz llegada  
de la hermosa estación de primavera,  
que otra vez resucita la pradera,  
por el invierno crudo despojada  
de su gala primera.

Salid, salid, zagalas, de la aldea,  
salid con cestas a coger las flores  
antes que el viento robe sus olores,  
que audaz entre ellas su capullo oreo  
ajando sus colores.

Ved el rojo clavel su broche abriendo,  
del tierno tallo sostenido apenas,  
sus hojas desplegar de esencia llenas,  
en corona su cáliz convirtiendo  
ya libre de cadenas.

A su lado el jazmín su nieve ostenta,  
más hermosa entre el verde delicioso,  
que su ramaje mágico y pomposo,  
con variedad tendido, nos presenta  
por el bosque frondoso.

Aquí la reina del vergel, la rosa,  
de la sangre de Venus reteñida,  
de su carmín y púrpura subida,  
hace alarde vertiendo más preciosa  
su pura olor de vida.

Salta el corzo veloz de amor llagado;  
de las cabras el be los aires llena;  
y atroz rugido de León resuena  
entre riscos de monte no pisado,  
que con su voz atruena.

El vendado rapaz mil flechas tira  
en cierzo convertido o mariposa;  
sus penas canta la zagala hermosa,

y resuenan las cuerdas de mi lira  
en esta selva hojosa.

ODA 4ª

*Al Invierno*

Al fuego, amigos, que el sañudo viento  
las copas bate del ciprés altivo.  
Sin hojas el olivo,  
el fresno y el abeto y otros ciento  
anuncian la llegada  
de la estación más cruda y más helada.

Cual tumbos se levantan  
del encrespado mar las ondas fieras,  
y montañas enteras  
de espuma cubren y de blanco esmaltan,  
rabiosas azotando,  
cuantas rocas sus aguas van hallando.

Ya no ríen las rosas que encarnaba  
el joven Mayo con celeste tinta,  
ni Abril el prado pinta  
con los grupos de flores que enlazaba,  
cuyas hojas se vían  
en espejos de fuentes que corrían.

¿No veis, no veis de nieve  
tanto copo caer, que el suelo baña?  
¡Cuál luce la montaña  
y a deshacer el hielo no se atreve!  
En tanto, forma el río  
puentes de escarcha congelado y frío.

Cansado el sol retira  
sus rayos relucientes de la esfera:  
sin luz la tierra entera  
llenos de obscuridad sus llanos mira,  
y en su aprisco el ganado  
sobre el vellón reposa sosegado.

Alrededor de un tronco,  
cuyo fuego ilumina la cabaña,

la gente de montaña  
se calienta al sonido duro y bronco  
que componen los vientos,  
sacudiendo del árbol los cimientos.

En pláticas sabrosas  
entretienen las noches más tardías  
y los fugaces días,  
buscando al sol sus luces ardorosas  
que al labrador abrigan  
y la frialdad del céfiro mitigan.

Corre veloz la fuente,  
sin duda huyendo del rigor del frío,  
y, perdida en el río,  
sus aguas de cristal helarse sienten:  
al fuego, pues, corramos,  
y a disfrutar de su calor vayamos.

#### ODA 5ª

##### *Al Amor*

Perdí por siempre mi delicia grata,  
mi dulce libertad perdida lloro.  
Dámela, amor cruel, que más que el oro  
mi corazón la aprecia y que la plata,  
pues ella es mi tesoro.

Quise, incauto, mirar el fuego hermoso,  
hermoso al parecer de quien lo mira;  
mi mano lo tocó, y ardiendo en ira  
el pecho siento, cual volcán fogoso,  
que mil llamas respira.

Yo me someto, oh Rey, cual prisionero,  
rebelde no seré cual siempre he sido.  
Sáname ora la parte que has herido,  
¡ay!, sánala, y verás cuál te venero  
y ser tu siervo pido.

Más quiero a Celia que a los ojos míos.  
¿Qué más pretendes? Tu crudeza cese,  
pues eterna oblación mi ardor te ofrece;



que si yendo a la mar crecen los ríos,  
mi amor amando crece.

¿Y cada instante doblas mi atadura,  
y al cuello débil fuertes grillos me echas?  
Retira ya tu arpón, rompe tus flechas  
y ponme lazos propios de hermosura  
con que a algunos estrechas.

#### ODA 6ª

##### *La inconstancia de la suerte*

Ora mismo del sol los rayos bellos  
doraban la montaña,  
y diáfana con ellos  
más hermosa brillaba la mañana.

Altivo el ruiseñor desde su nido  
piaba alborozado,  
y su cantar subido  
el eco repetía por el prado.

Un obscuro vapor humeando leve  
formó una blanca nube,  
que ya a cubrir se atreve  
la ancha cara del sol, que el cielo sube.

Huye la luz bellísima la esfera  
y, a pasos de gigante,  
la niebla se apodera  
del prado y la montaña en un instante.

Del mismo modo el cortesano brilla:  
mas la envidia se aúna,  
y cae de su silla,  
y es todo penas lo que fue fortuna.

#### ODA 7ª

##### *Una niña dando las gracias a la Sociedad de Amigos del País*

Orilla de una fuente,  
una paloma tierna y amorosa  
volaba blandamente  
cual la nieve de hermosa,  
cual el fuego en sus ojos ardorosa.

Yo la vi en una rama  
sus alas desplegar festiva y grata,  
sus niñas vi de llama,  
su piquito de plata  
y sus pies do la rosa se retrata.

Al verla tan resuelta  
y audaz lanzarse a la región del viento,  
y en su donosa vuelta,  
leyendo su contento,  
la dije así con natural acento:

«¡Oh, paloma felice!,  
tú, cuyos bellos ojos hablan tanto,  
tú, cuya boca dice  
amor sólo y encanto,  
mitiga un poco mi ferviente llanto.

La Sociedad gloriosa,  
que amiga de su Patria se titula,  
me espera generosa,  
y mi lengua estimula  
con premio tal que el corazón me adula.

La gratitud comprime  
mi balbuciente labio a queste día,  
y no puede... Mas dime,  
¿cuanto yo la diría,  
quieres decirlo tú, paloma mía?

Dirasle cuál palpito  
y en honrosa ambición arderme siento,  
y cuál también me agito  
y con dulce ardimiento  
late veloz mi corazón violento.

Dile de mis amigas  
el tierno afecto y gratitud sagrada.  
¡Mas qué vanas fatigas!  
Tú mejor, ave amada,

te explicas sola que por mí dictada».

## ODA 8ª

### *A una Señorita*

Cantad, ninfas hermosas,  
dulces himnos de amor y de alegría,  
y flores olorosas  
al manso viento dad en este día.

Tejed una corona  
de mirto, de arrayán y de azucenas,  
y, a quien mi voz pregona,  
con aromas ornad a manos llenas.

Es hermosa Vítica,  
hermosa cual la luz del fausto Apolo:  
de gracias su alma rica  
es más grande que el puro y ancho polo.

Flexible cual la cera  
se imprimen en su pecho los amores,  
y alegre y placentera  
más viva es que los cierzos voladores.

Sus ojos son de fuego  
y brillan cual dos fraguas encendidas,  
y allí Cupido ciego  
flechas despide al alma dirigidas.

Su labio de corales  
le roba sus colores a la grana,  
y no hay en los rosales  
una tinta más roja y más ufana.

De aljófar son sus dientes,  
menudos y tan blancos cual la plata,  
que entre perlas lucientes  
de nieve su metal allí retrata.

¿Y quién podrá la risa  
dignamente pintar entre su boca?  
El pincel se desliza

cual las aguas que baten una roca.

Es la gloria del prado,  
y de hermosura y esplendor lo esmalta,  
do fija el pie nevado  
abierto su botón la rosa salta.

Mas cesa, osada lira,  
cesa ya de cantar con rudo acento;  
si Apolo no te inspira,  
en vano empleas tu cansado aliento.

ODA 9ª

*La Declaración*

Ya no hay remedio: mi labio  
rompe el temor que le aqueja,  
rompe el silencio, bien mío,  
que veces guardó diversas.

Quien ama cual yo, no puede  
más tiempo tener la lengua,  
que amores y amor pronuncia,  
si una vez a hablar acierta.

Vente mis ojos, y al punto  
un fuego al alma penetra,  
que trémula y oprimida  
se exalta y palpita inquieta.

A hablarte voy, a decirte  
el corazón ansias tiernas,  
y cobarde el labio calla  
cuanto publicar quisiera.

Mas hoy que, atrevido amante,  
un dulce valor me alienta,  
juro, mi bien, que te adoro,  
que tu amor mi pecho llena.

¡Ah! Si tú me oyeras fácil,  
si a mi amor correspondieras,  
mi fortuna no trocara

por una Real diadema.

## ODA 10ª

### *La nueva Aurora*

A la sombra sentada  
de un hermoso nogal estaba un día,  
de mirtos rodeada,  
la pastorcilla mía,  
del vendado Cupido en compañía.

El rapaz arrancaba  
del verde tallo la fragante rosa,  
al clavel la enlazaba  
y al lado de mi Diosa  
perdía su color la grana hermosa.

El sol sus rayos rojos,  
oscuros viendo desde el laso polo,  
quería de sus ojos  
robar un rayo solo,  
y ostentarse con él más bello Apolo.

Las fuentes sus cristales,  
entre guijas, quebraban susurrando,  
y a su son los zagales,  
la zampona tocando,  
hacían resonar su acento blando.

Cuando Cupido, viendo  
tal gozo y algazara en la pradera,  
dijo a mi bien riendo:  
«Mira, bella hechicera,  
lo que causa tu cara placentera.

Mira cuál rompe el viento  
su tierno broche a las galanas flores,  
y destilan su aliento  
y mágicos olores,  
rindiéndote del alba los honores.

Las aves te hacen salva  
cantando el himno de la luz del día,

que eres creyendo el alba,  
y, lleno de alegría,  
el campo de mirarte se gloría.

Los árboles se inclinan  
saludando tus gracias, oh pastora,  
los cierzos se avecinan  
con ala voladora  
y parias rinden propias de la aurora.

Tus luces, pues, retira,  
y escondidas las ten allá en tu choza.  
El escándalo admira  
que da tu faz hermosa  
tornando la mañana deliciosa».

Dijo el Dios, y, al momento  
que entrambos de la selva se alejaron,  
se ensañó el crudo viento,  
los cierzos se volaron  
y el lirio y el clavel se marchitaron.

ODA 11ª

*Amor reina a todas horas*

Nace la aurora, y al suave impulso  
del ardor dulce que acalora al alma,  
Amor revela sus misterios ciegos  
entre los troncos de árboles sombríos  
a millares de seres.

El sol enciende su brillante lumbre  
y, de sus llamas el calor huyendo,  
en grutas frescas y frondosos valles  
envía inciensos a la hermosa Venus  
el himeneo ardiente.

Apaga Apolo sus dorados rayos  
en los cristales de la mar tranquila,  
y el blando cierzo que refresca el prado  
a unión convida, que en los altos nidos  
las especies celebran.

Se viste el éter el cendal obscuro  
que las tinieblas de la noche ostenta,  
y entre su obscuro, nebuloso manto,  
corrido el velo del pudor amable,  
gozan hombres y fieras.

Así recibe cuanto dura el día  
y cuanto duran las nocturnas nieblas  
mil oblacones el amor tirano,  
y no hay una hora ni un momento sólo  
que suyo no se diga.

## SILVAS

### I

*En un rompimiento*

¿Quid non mortalia pectora cogis,  
Auri sacra fames?  
—Virg. AEneidos.

(“¿A quién no vence con su brillo el oro?”)

Vende la madre el néctar de su pecho  
al hijo ajeno de oro vil sedienta,  
en tanto que, de pajas sobre un lecho,  
el suyo apenas de desmayo alienta,  
el suyo que dio a luz con mil dolores,  
que engendró de la sangre de sus venas  
entre dulces amores,  
y que sería un bálsamo a sus penas.

Al hombre vende el hombre  
cual una res en público mercado,  
y de esclavo ruin, o libre honrado,  
también el oro distribuye el nombre.  
Más fiero monstruo no hay en el abismo:  
por él de la hambre y de la sed forzado,  
rabioso y despechado,  
se vende el hombre mísero a sí mismo.

El oro.... ¿Pudo en ti, Celina, ahora,

mudar un corazón donde brillaba,  
más puro que el aliento de la aurora,  
el amor que tu lengua me juraba?

Un coche de marfil, un tren brillante,  
las armas son de mi rival felice:  
su mágico esplendor cegó tus ojos,  
llevando por despojos  
la fe que me ofreciste en otros días.

¡Con qué mentidos tus halagos eran  
y tus besos picadas de la abeja,  
que su veneno deja  
clavando su aguijón en cuanto toca!

¡Y cuando me estrechaban tus abrazos  
y tus labios se unían a mi boca,  
eran aquellos lazos  
donde el deleite reimprimió su sello,  
los nudos con que ahoga la culebra  
enroscándose el cuello!

¡Y tal fealdad oculta un rostro bello!  
¡Dichoso aquél que, de tu vista lejos,  
no vio tus negros ojos rutilantes  
con lascivo mirar buscarle amantes  
ni vivió con la luz de sus reflejos!

¡Desgraciado de aquél que oyó tu acento,  
que el ruseñor más dulce y más canoro,  
que observó tu rosada tez atento  
y prendido quedó en tus hebras de oro!

Tú me viste encendido, arrebatado,  
por la grata ilusión de una mirada,  
de deleite temblar todo agitado  
al tenerte en mis brazos estrechada.

Yo sentí palpitar tu amable seno  
blandamente a la par de mis sentidos,  
y, de placer y ardor el pecho lleno,  
agitarse tus orbes conmovidos.

Entonces, de tus labios nacarados,  
que vertían la esencia de la rosa,  
embelesado oí el nombre de esposa,



más dulce para mí que el son suave  
del manso viento dando entre las hojas,  
y más que el vuelo rápido del ave  
que ufana luce al sol sus plumas rojas.

¡Oh Celina! Y cuando amor su copa hermosa  
nos daba en una noche silenciosa,  
en vez del gozo que beber creía,  
¿solamente amarga perdición bebía?

¡Infeliz!, que ora por el campo corro,  
preguntando a los vientos,  
al río y a los árboles frondosos  
dónde están tus pasados juramentos.

Nada me dicen, y penetro al bosque  
que acostumbrabas visitar conmigo,  
y afligido las huellas mismas sigo  
que solías seguir. Aquel castaño  
cuyo ramaje a descansar incita,  
el sauce aquél que trémulos sus brazos  
y lagrimosos sin cesar agita  
en silencio, me acuerdan las caricias  
que me hiciste gozar aquí a su sombra,  
siendo la muelle grama nuestra alfombra,  
la grata soledad nuestras delicias.

¡Oh, nunca tal placer gozado hubiera  
huyendo cual la sierpe tus encantos!  
¡Nunca mis ojos a mirar volviera  
en tu nevada faz hechizos tantos!  
Por beldad que no ha visto, ¿quién suspira?

En su pequeño búzaro cerrada  
es la brillante perla despreciada,  
porque escondido su esplendor no admira.

¡Y qué! ¿Verá la vid sus dulces uvas  
en ajeno árbol, el peral su fruto  
sin clamar por venganza a las estrellas,  
sin llenarse de horror, de triste luto?

¿Veré yo en otros brazos, oh Celina,  
las gracias que estuvieron en mis brazos,  
sin implorar la cólera divina  
contra quien forma tan tiranos lazos?

Lo veré, falsa: que el honor injusto  
mis labios cerrará con cien candados,  
y el mundo adora su execrable busto.  
¡Funesto honor! Tus leyes aborrezco,  
leyes de maldición en sangre escritas  
con que engañoso al crimen precipitas  
a dorar con palabras la falsía.

Por ti, impostor, con rostro indiferente  
tendré ya que mirar desde este día  
a mi esposa, mi amor, la gloria mía,  
la que de mirto ornó mi altiva frente.

¡Y todo se acabó! ¡Y el cielo pudo  
trocar un pecho de maldad desnudo!  
Cubierta de diamante y de perlas,  
y en perfumes arábigos bañada,  
evitarás mi vista y mi presencia  
de tu Adonis esposo acompañada.

Una misma Ciudad nos da su asilo  
y morada a los dos, de un mismo campo  
gozamos el riquísimo tesoro,  
y, bello, un mismo sol desde su lampo  
nos derrama su luz en hilos de oro;

y, eterno, un valladar mi dicha impide  
cual de Ocaso a los reinos de la aurora  
y cual del negro mar do el indio mora  
al ruso helado do el horror reside.

Adiós, corre al altar donde te llama  
el esclavo interés, la vil codicia,  
pero no esperes encontrar delicia  
en unos lazos que el averno trama.

Al encender su antorcha el himeneo  
verás salir, en vez de luz hermosa,  
funesto humo que, en nubes convertido,  
cubra el sagrario con su niebla odiosa.

Quédate a Dios, de otro mortal esposa,  
contigo queden las promesas falsas,  
los suspiros mentidos  
que estos mares oyeron suspendidos.

Míralos encrespar ora sus ondas  
murmurando tu negra alevosía,  
y darte en rostro la constancia mía  
sin que a sus justas réplicas respondas.

¡Ay!, que mi corazón en este instante  
se rompe de dolor. Tu imagen bella  
juzgo tener delante  
y aun mi esposa reconozco en ella.

Deja que por la vez postrera llore,  
que los encantos de tu risa admire,  
que en tus ojos del sol la lumbre mire  
y que oyéndote hablar tu labio adore.

¡Ay!, déjame llorar, ésta es la ofrenda  
última que podrá mi pecho darte,  
cuando la muerte sobre mí se tienda  
y del horror de este lugar me aparte.

Si el polvo frío en el sepulcro siente,  
todavía amaré bajo su losa  
la que agitó mi pecho dulcemente,  
la que mil veces se llamó mi esposa.

2

*El sí*

¿He oído bien, Celina? ¿Ha pronunciado  
un delicioso «sí» tu hermosa boca,  
y mi pasión el término ya toca  
tantas veces y tantas suspirado?

Abre segunda vez tus labios bellos,  
tus dos graciosos órdenes de perlas,  
y recoja yo en ellos  
el dulce «sí» que se escapó a tu lengua.

¿Lo has dicho? ¡Oh, qué placer! Mi alegre pecho,  
al grato acento de tu voz deshecho,  
de júbilo palpita y alegría,  
sale de su lugar, que vino estrecho  
a tanta gloria, y ebrio en este día  
de gusto en gusto salta

hasta la cumbre del placer más alta.

¿Mío su corazón? ¿Celina mía?  
¡Oh milagro de amor! ¿Es ésta aquella  
tan altiva cual bella  
que a mi doliente suspirar reía?

¿Es ésta aquella cuyo pecho entonces  
competía en dureza con los bronces?  
Otra, una otra era esa beldad tan dura;  
no era, no era Celina,  
que fina respondió a mi afecto y pura,  
tan pura cual cristal, cual oro fina.

¡Venció el amor! ¿Y quién su voz resiste?  
Tu dulce languidez, tus muertos ojos,  
hoy me ofrecen cariños, y no enojos,  
y en sus niñas tu afecto retratando  
de tus labios están el «sí» aprobando.

No ya cruel retirarás tus brazos,  
huyendo desdeñosa mis abrazos;  
los tenderás al cuello  
y, buscando tus labios a los míos  
cual buscan a la mar los claros ríos,  
al pecho amor imprimirá su sello.

Tú, afable y cariñosa  
cual del viento a los soplos lo es la rosa,  
apurarás la copa de delicias  
que brindan el deleite y las caricias.  
¿No ves cuál ríe el tiempo venidero  
de esperanzas orlado,  
de nuestra dicha celestial traslado?

Vendrá la aurora con su luz dorando  
de los montes la cumbre,  
y al primer rayo de su hermosa lumbre  
iré a las selvas a mi bien buscando.

No ya triste saldré cual muchas veces  
llorando tu esquivez, tu torvo ceño,  
que otros placeres con tu amor me ofreces,  
con tu cariño dulce y halagüeño.

¿Sabes, sabes, Celina,

cuánto vale el sentir un noble afecto?  
¿Cuántos gustos la suerte nos destina?  
Oiré suspirando tus suspiros,  
feliz te miraré reír riendo,  
y, en tus gozos los míos recibiendo,  
tú el espejo serás de mis acciones.

¿Y esto ha podido un «sí» que veces tantas  
rehusaste() pronunciar? ¡Que tantas horas  
y tan bellas auroras  
nos robó entre tus labios detenido!  
Mira ahora que de ellos ha salido,  
cual si vuelvo los ojos,  
me llevo tus amores por despojos,  
y si ríe mi boca, qué sonrisa  
la tuya torna a mi amorosa risa.

Así, rondando el viento  
en torno de las flores,  
le vuelven mil olores  
por mil besos que él da.  
Así, colores ciento  
tornan al alba hermosa,  
porque su broche ansiosa  
abriéndolas está.

3

### *La constancia*

Ya de verde arrayán la sien ceñida  
vuelvo a pulsar la cítara de plata,  
cantando de una ingrata  
hija de amor la crueldad vencida.

En la cumbre más alta del Pirene,  
cuando reluzca el sol del medio día  
y la mar duerma en calma,  
henchido de alegría,  
reuniré bajo un árbol mis amigos,  
y rosas derramando a manos llenas,  
«sed -les diré- de mi placer testigos:  
premió Celina la constancia mía».

Yo la vi más hermosa

que una naciente rosa  
cuando el abril colora la pradera.  
La vi la vez primera  
bajo el frondoso Plátano sentada  
que da sombra a la fuente de Cibeles  
con su hojosa y tendida cabellera.

Junto a ella, cien claveles  
crecían en sus tallos,  
cien veces menos rojos que su boca;  
de una enyedrada roca  
se lanzaba la espuma de otra fuente,  
y la vi menos pura y menos blanca  
que su alma tez y alabastrina frente.

¿Qué entonces pude hacer? Cedí rendido  
a la brillante luz de aquellos ojos,  
que se llevan las almas por despojos  
do el vivo sentimiento está esculpido.

Mi amor la dije, y ella huyó ligera  
al punto de mi lado.  
Testigo el río fue, la selva, el prado,  
de mi continuo lloro:  
yo regué triste sus arenas de oro,  
yo en su orilla mil veces recostado,  
oprimido mi pecho con la pena,  
mordía mi cadena.

Corrí, la supliqué, mi justo ruego  
en bárbaro despecho  
y en rabia la encendía,  
y aquella cara, afrenta de la rosa,  
donde el sacro pudor resplandecía,  
por instantes se vía  
en vivas llamas encendida y tinta,  
cual los colores con que Febo pinta  
el cielo reluciente  
al lanzarse en la mar del Occidente.

Una vez y otra vez cortado había  
el segador por julio las espigas,  
y, cual la nieve fría,  
a mi pasión Celina se mostraba.  
Del corazón la llaga se aumentaba  
y, contagiando al cuerpo su veneno,

gemía todo de dolores lleno.

¡Cuánto sufrí! Las hayas  
y los robles más duros,  
al oírme llorar, también lloraron,  
y escuchando mis males se ablandaron.  
Ya, en fin, cedía triste  
a mi crudo destino,  
y abierto mi sepulcro me enseñaba  
la desesperación con torvo rostro,  
cuando, mi vista al campo revolviendo,  
mil objetos pasmado fui advirtiendo.

Yo vi de mármol una fuerte peña  
deshecha por el agua que cayendo  
gota a gota de lo alto la filtraba.  
Yo vi cual se doblaba,  
del peso de los años abrumada,  
una soberbia encina  
que se miró del viento atropellada,  
y, siempre victoriosa,  
sus furores burló verde y pomposa.

Yo vi ceder sus nieves el invierno  
y, en líquidos arroyos convertidas,  
dar a la selva flores,  
frutos al árbol y al vergel amores.  
Vi también pulular la tierna yerba  
del nuevo año en los primeros meses,  
y la vi en rubias mieses  
tornarla junio con sus rayos de oro.

A tan sagrado aviso de natura  
no osó un instante resistir mi pecho,  
dos veces incliné en amor deshecho  
mi frente al suelo con la fe más pura  
y, mil flores quemando,  
fui sus leyes sagradas venerando.

«¡Oh Celina! -exclamé-, de hoy más la llama  
que vive en mis entrañas escondida  
formará mis placeres  
o las amargas penas de mi vida.  
Yo siempre te amaré, mi labio amigo  
pronunciará tu nombre solamente,  
y el corazón ardiente

sólo la dicha gozará contigo.

Un día llegará en que tú, rendida  
a mi constante afecto,  
orles mis sienes de laurel hermoso  
y en tus brazos exista venturoso».

Llegó ya, amigos, se juró mi amante;  
el río oyó su sacro juramento,  
y suspendió al instante  
su grave son por escuchar atento.

Ved sacudir los árboles sus ramas  
mi victoria cantando  
y al bello sol lanzando  
con mayor majestad sus vivas llamas,  
ved reír la pradera,  
susurrar los arroyos,  
y, alegre y placentera,  
trepar al alto monte la cordera.

Así, lloviendo luces,  
abre la aurora el nacarado oriente,  
y, pintando los cielos  
de oro y azul y grana,  
aparece riendo la mañana.

Sus adornos se visten los rosales,  
las fuentes sus cristales,  
que antes dormían, desatando juegan,  
y en todas partes reina la alegría,  
imagen celestial de un nuevo día.

¿Qué entonces las tinieblas de la noche  
valen ya y sus horrores,  
cuando caídos por el suelo estaban  
los tallos de las flores?  
Del alba luz la célica victoria,  
al disipar la obscuridad nociva,  
destruye su memoria  
y hace que sola la alegría viva.



*El cuarto de Celia*

¿Es éste el cuarto do mi bien habita?  
¿Es éste el tocador donde se adorna?  
He aquí el corsé divino que contorna  
su talle delicado,  
ésta es la gasa donde amor ocultos  
con arte encierra dos hermosos bultos,  
aquéllos son sus guantes,  
aquéste su vestido nacarado  
con el cual yo la vi la vez primera,  
cuando quedé por el amor llagado,  
cuando ella se juró mi prisionera.

Mas, ¿Celia dónde está? ¿Dónde se encuentra?  
En su alcoba reposa mi querida,  
en su lecho feliz yace dormida.  
Veo su faz con el calor hermosa,  
cual en abril la rosa,  
su pechito inocente palpitando  
que poco a poco se levanta y baja,  
quizá de alguna pesadilla herido  
que de sus sueños el placer ataja.

Mas tú duermes, tú robas a la vida  
estas horas, en tanto que yo velo  
y compro mi consuelo  
a costa del reposo que tú gozas.  
Aquesa dulce calma,  
espejo fiel de tu alma,  
la frialdad de tu pasión publica.  
No, no duerme quien ama,  
sólo bebe pesares y tristeza:  
el ardor que le inflama,  
contino abrasa su dañado pecho.  
Levanta, mi adorada, de ese lecho,  
no perdamos las flores que derrama  
el amor este día.

¿Cruel, no me oyes? ¿Y podrá ese sueño  
robarme mi alegría,  
privar mis brazos de su amado dueño?  
Oh Celia, que te pierdes, no conoces  
los preciosos momentos  
que huyen tras juventud cual presto rayo.  
¿Qué es el mundo? Inocente, entre cadenas,

cual otras, te condenas  
al fiero parecer, a mil engaños.  
Así pasan los años,  
se eclipsa la beldad, y los placeres  
los convierte un tirano  
en precisos deberes,  
y en oprobio de amor compra una mano.

No hay más ley que el amor: a amor le agrada  
un pecho libre que si da delicias,  
son sabrosas caricias,  
de gustos hermosísima lazada.  
Despierta, Celia, el corazón mil vuelcos  
dándome está de gozo,  
en tu estancia dichosa me alborozo,  
tú sola faltas al contento mío.

No temas, quien te adora  
no es capaz de faltar a su promesa;  
no temas, mi señora,  
que quebrante mis firmes juramentos.  
Pero, ¡oh Dios!, la suerte  
me separa de ti, ya oigo ruido.  
¿Cuándo, objeto querido,  
podré sin sustos ni recelos verte?

5

### *A los expósitos*

(Con motivo de la subscripción hecha por varios señores de esta ciudad para mantenerlos)

«Mi atributo mayor es dar sustento  
a cuanto ser mi Omnipotencia cría,  
pues que goce el mortal la gloria mía  
y de sus venas salte su alimento.»

Dijo natura así, y en dos veneros  
brotó del pecho femenil el néctar  
que, al nacer a la vida,  
ansioso busca el tiernecito infante,  
que es su único manjar y su bebida.

¡Oh, qué placer! Ver a la hermosa madre

cuál de su propia sangre se desprende  
y, con aquel aliento que se quita,  
al nuevo aliento de su hijo atiende.

Sólo un Dios inspirar al alma pudo  
tan noble y generoso sentimiento,  
haciéndole bajar desde el Olimpo  
a dar la vida al mundo y el contento.

¡Bien haya aqueste Dios! ¡Bien haya el día  
en que, alzado al igual de las estrellas,  
en alas del amor y la alegría  
vieron su tierno corazón las bellas!  
La tierra, agradecida  
a tan inmenso don, rindió a sus plantas  
cuantos tesoros en su seno anida.

En sus labios vertió el olor la rosa  
y en la alba cara sus colores rojos,  
el sol la lumbre trasladó a sus ojos  
y dio al cabello el oro de sus rayos.

De entonces se adoró, cual una Diosa,  
a la humilde beldad, y ufano el hombre,  
al incensar su imagen soberana,  
«ved, ved -decía-, el misterioso origen  
de do la vida y subsistencia mana.

He aquí de la generación humana  
el oriente feliz. Venid, mortales,  
y ante su altar glorioso confesemos,  
que a la luz de sus niñas celestiales  
nuestro existir dulcísimo debemos».

Y esta gran obra de la eterna mano,  
y este ser tan sensible y virtuoso,  
¿pudo tornarse en la sangrienta fiera  
que hoy es oprobio de la especie entera?

¿No oís, no oís los míseros vagidos,  
el triste suspirar y amargo llanto  
de tantos inocentes desvalidos  
al horror entregados y al espanto?

Su impía madre de virtud desnuda  
los dio a luz de las nieblas protegida,

y, apenas disfrutaban de la vida,  
expuestos los dejó a la muerte cruda.

El hambre, la miseria,  
el luto, la orfandad() y el abandono,  
en esas frentes do el dolor se ciñe,  
tuvieron siempre su execrable trono.

¡Ay! Que nunca escuchará su oído  
el dulce nombre de querido hijo,  
ni en la madre su tierno rostro fijo  
verá el contento a la delicia unido.

Maldición, maldición a la insensible  
que los lazos rompió más sacrosantos,  
que abandonando sus entrañas mismas  
a dolor condenó mortales tantos.

La niegue su verdor la fértil tierra,  
la hermosa fuente su cristal retire,  
do quiera monstruos y tinieblas mire,  
acerbos lutos y funesta guerra.

¿Dónde huirá? La imagen de su crimen  
sus pasos seguirá por todas partes,  
en todas partes oirá cuál gimen  
los tiernos, infelices angelitos,  
y cuál sus tristes gritos  
su pecho duro y criminal oprimen.

Confundida verá la tigre hircana  
estrechar sus hijitos a su seno,  
y, sensible a las leyes de natura,  
arder su corazón de amores lleno.

Verá la osa sangrienta  
y la soberbia, líbica leona  
cuál al amor de madre se abandona  
y sus pequeños hijos alimenta.

Inferior a las fieras en ternura,  
execración y escándalo del mundo,  
en vano alzarse del horror procura  
do le sumió su bárbaro delito.

Sí, que a un niño inocente,

cuyos hombros pudieran de la Patria  
el templo sostener, lanzó a las puertas,  
al borde mismo de la tumba fría,  
que a devorar la humanidad abiertas  
contempla con pavor el alma mía.

¿Y bastante no es ya su triste llanto  
y la horrible miseria que los cubre  
para añadir el hombre a duelo tanto  
su cruda indiferencia?

-No, niños, no temáis, que abre sus brazos  
la tierna compasión en este día,  
y, alzando del oprobio vuestras frentes,  
derrama por vosotros su ambrosía.

¿No la veis? Sus benéficas miradas  
do quiera tornan el amor, la calma,  
y del placer y el júbilo animadas  
el júbilo y placer le dan al alma-.

-No temáis, si unos monstruos horrorosos  
pudieron entregaros a la muerte,  
hoy un tropel de seres generosos  
sobre vos dulces beneficios vierte.

Ya no cruel os ahogará en la cuna  
hambre voraz o pálido desmayo,  
que ya asoma de amor hermoso un rayo,  
nuncio feliz de celestial consuelo.

¿Pudiera sordo el cielo  
no atender vuestras lágrimas amargas,  
vuestros clamores desoír injusto?

Él inspiró los nobles corazones,  
y, bañados en llanto de ternura,  
a obedecer corrieron de natura  
las dulces y halagüeñas sensaciones-.

6

*Segundos días De Doña Concha...*

¿Es el sol, es el sol que abre de Oriente

las puertas de cristal resplandeciente?  
¿Son sus rayos que doran la montaña,  
su luz la que la baña?

Él es que sube el cielo proclamando  
de ti, Conchita, el venturoso día,  
el instante feliz en que naciste  
a formar mi ventura y mi alegría.

¡Oh!, nunca tan hermoso y placentero  
le he visto yo salir del Océano,  
ni cuando agosta rosas en verano,  
ni cuando hielos rompe en el invierno.

Hoy es más bello su color dorado,  
su cara más graciosa,  
más fúlgido su rayo y nacarado,  
y su luz más preciosa.

Así celebra tu natal felice  
sus tesoros más ricos ostentando,  
y al mundo dichas y placer predice  
de oro y nácar su manto desplegando.

¿Hoy es tu día? ¡Oh, qué de gustos siento  
poblar mi corazón en este instante!  
Hoy naciste, y contigo mi contento  
nació a la par, nació mi dulce amante.

En tanto que tendido en mi cunita  
mis primeros vagidos exhalaba,  
¡quién me dijera que a la luz Conchita,  
oh Dios, su madre afortunada daba!

La daba a luz, y en mi niñez posando  
la aurora celestial no bendecía,  
la aurora de este día  
que tantos bienes para mí criaba.

Si hubiera de mi cuna  
visto tu cara bella,  
desde la aurora aquella  
te amara el corazón.

Mi alma y mis ojos a una  
te hubieran proclamado

su único dueño amado,  
su norte y su razón.

Una misma ciudad nos encerraba,  
un mismo sol su resplandor nos daba,  
¡y vivían extraños nuestros pechos  
para ser uno por los cielos hechos!

¡Cuántas y cuántas veces,  
en los brazos ajenos recostado,  
en mis tiernas niñeces  
por tu lado, mi bien, me habrán pasado!

Y no habrá palpitado  
mi pechito inocente  
que tanto y tanto amor ahora siente.

Si hubiera entonces mi razón tenido,  
si hablar mi lengua conseguido hubiera,  
tu amor tan sólo mi lenguaje fuera;  
levantando mi tierna manecita  
hubiera señalado a mi Conchita  
diciendo que te amaba,  
que en ti mi dicha y mi placer cifraba.

De la niñez el llanto  
desparecido hubiera,  
propicio a mí riera  
el niño, ciego Dios.

Y nosotros en tanto,  
para mayor fortuna,  
en una misma cuna  
viviéramos los dos.

Aquellos días de niñez perdidos  
hoy sean por nosotros redimidos,  
celebremos, dichoso, de tu vida  
el momento más bello, oh mi querida.

¿No ves, no ves cuál brinco de contento,  
cuál se espacia en mi pecho la alegría?  
Mi Conchita, mi amor, delicia mía,  
instante más feliz nunca he gozado,

tu blanca mano al corazón me aplica,

sentirás presurosos sus latidos,  
su agitación de mi placer indica  
el torrente, el gran gozo que me inunda.

¡Oh!, si pudiese, mi tirana hermosa,  
cual un reloj deshecho,  
pieza por pieza descubrir mi pecho,  
¡cuántos amores para ti hallarías!,  
¡en él cuántos cariños leerías!

Cada hoja de la rosa  
exhala un nuevo olor.  
Cada parte del pecho  
tiene escrito un amor.

Mi corazón es tuyo,  
mi placer y mi bien,  
y el aire que respiro  
lo debo a ti también.

¿Oyes el himno que las aves cantan  
formando un celestial, divino coro,  
con su piar canoro?  
Las alabanzas son de tu hermosura,  
elogios son debidos a tus gracias  
y a tus dotes, de tu alma a la ternura.

¿Los oyes, oh Conchita? Pues uniendo  
con ellas la voz mía,  
mil años te deseo, mil placeres,  
una eterna ventura y alegría.

Siempre fresca y lozana  
existas cual la flor de la mañana.  
Del amor en los brazos,  
al año venidero  
nos ría placentera  
aqueste mismo sol.

Yo goce tus abrazos,  
tú en juventud eterna  
vivas siempre más tierna  
que el bello girasol.



*La mañana*

¿Y no despiertas, mi Celina amada,  
al himno universal con que a la aurora  
saludos da la tórtola canora,  
el céfiro, la fuente y la cascada?

Deja el lecho, fugaces se deslizan  
las horas del placer que amor señala,  
y el vaho del vivir veloz se exhala  
sin nunca ya tornar después de huirse.

¿No ves ardiente al céfiro besando  
con su soplillo blando  
los hermosos cogollos de los sauces,  
y su librea nacarada, hermosa,  
la simple mariposa  
al aire poco a poco desplegando?

¿Oyes la abeja con su dulce trompa  
que, enantes que la flor su broche rompa,  
con continuo vagar la ronda alegre,  
y robando su esencia más preciosa  
la lleva a su panal y allí reposa?

Todo ser en acción sus miembros pone  
adorando la luz del claro día,  
ponlos, pues, tú también, pastora mía,  
y embellezcan tus ojos la mañana.

Mira el vivo matiz que los tapetes  
de flores engalana,  
el rico tulipán su cerco hermoso  
abriendo vanidoso,  
y el nevado jazmín entre sus ramas  
de verde desmayado reluciendo  
y su aroma subido despidiendo.

¡Qué olor tan bello la nariz regala!  
Ya la azucena, afrenta de la plata,  
copos de nieve al vivo nos retrata,  
y sobre el tallo tierno  
se mece con los besos que en sus hojas  
imprime el cefirillo.

Con noble majestad sus frentes rojas  
levantan a los cielos los claveles,  
y el ambiente embalsaman  
perfumando los campos y vergeles.

¿No ves, no ves la reina de las flores,  
de Gnido gloria, la purpúrea rosa  
rodeada de amores,  
que codician su olor para una hermosa?  
Ella dio su color cuando natura  
tiñó tus labios con su grana pura.

Dale un beso no más, que bien merece  
su belleza besar tu dulce boca  
y, entre las gracias que el amor convoca,  
la primera beber tu hermoso aliento.

Dale un beso no más, y luego el cielo  
de su existencia doblará los soles,  
y esta parte de ti su firme apoyo  
y su escudo será, y el cierzo leve,  
que travieso y fugaz sus hojas mueve,  
humilde encogerá sus tiernas alas  
el sol ardiendo sin ajar sus galas.

Brota el agua del centro de una roca  
y a otra roca enyedrada se despeña,  
y así, de peña en peña,  
saltando va espumosa a la enramada.  
Bajar la escucha la dormida fuente,  
y sus caños de plata desatando,  
desliza retratando  
cuanto encuentra al pasar en su corriente.

Su espejo fiel, purísimo convida  
y brinda al labio sus cristales bellos,  
y, mirándose en ellos,  
las zagalas sus gracias aderezan  
con una flor que cortan por su mano,  
con un rizo que tienden por su frente,  
y entre el mirto escondidos sus amantes  
una dulce emoción su pecho siente.

¿De do tan bella, celestial mañana,  
abriendo vienes a la luz las puertas?  
¿De do tanto placer tu dedo mana,

belleza tanta y esplendor tan puro?  
Yo te amo, que probando está mi pecho  
mil dulces sentimientos y recuerdos.

¿Y pudo haber un día  
en que, sumido entre letargo y sueño,  
mis sentidos negase a los placeres,  
a la viva expresión y gratas ansias,  
que imprimen tus bellezas en los seres?

Salve, salve, del día primavera,  
dulce imán que despiertas las pasiones  
y, encendiendo de amor los corazones,  
tal los derrites cual al fuego cera;  
mil veces salve, eternas horas vive,  
y de mi amor la admiración recibe.

¿Y tardas, oh Celina? ¿Y embotada  
tu mente por el sueño no contempla  
la soberbia llegada  
del rubicundo sol del mar saliendo?

¡Qué ráfagas preceden a su vista!  
¡Qué desgarrada lista  
de colores se esparce por el éter!  
¡Cuál huyen las tinieblas, apremiadas  
unas de otras, y en humo desaparecen!

Cantad, alondras, que su imagen veo,  
a una hostia símil de centellas llena,  
purísima y serena,  
subir la esfera con su luz ardiendo.

¡Qué tren, qué gala tan soberbia ostenta!  
Los próceres se doblen humillados,  
suenen los ríos, suene la cascada,  
y en debida oblación de su llegada  
sus perfumes destilen estos prados.  
¿Qué la vista admirar en tanto objeto  
que de golpe se ofrece por do quiera?

Este hervor general, este secreto  
bullir del alma, y el delirio ciego  
que, inflamado de fuego,  
en gozo universal enciende el pecho,  
el labio anudan y de pasmo llenan;

y desde el cedro más altivo y bello

hasta la humilde y despreciable malva,  
con su mecer continuo le hacen salva  
adorando el influjo que los cría;  
y de la garza que los cielos toca  
hasta la torpe boca  
del grillo, despacible le saluda.

¿Y sólo el hombre desconoce el precio  
de la incesante luz, del aura hermosa,  
que respira la aurora deliciosa?

Mísero aquél que, el corazón loando  
a la expresión del vivo sentimiento,  
nunca probó el placer ardiente y puro  
que pruebo este momento.

Su alma inflexible y cual la nieve fría,  
el llanto hermoso, el llanto de ternura  
jamás probó, que el hijo de natura  
sensible prueba al vislumbrar el día.

Tú que sabes amar, tú, cuyo pecho  
de cera fácil hecho,  
de placer en placer llevar se deja  
cual del prado al vergel la hermosa abeja,  
sal al campo, que vuela la mañana,  
y mil flores se agostan y mil rosas.

Vendrá la tarde y llegará tras ella  
los campos a enervar la noche triste.  
¡Ay!, que su imagen bella  
no es la imagen risueña de la aurora  
que afectos acalora  
y la copa nos brinda de delicias.

Y pasarán; y nunca ya tornando,  
y este día a otro día eslabonando,  
compondrán la cadena  
que el fuerte brazo romperá del hado,  
término a que la suerte nos condena.

## *La guerra*

Al hermoso dormirse de la tarde  
del héspero en los brazos reclinada,  
cuando llena de aromas la enramada  
con los rayos de luz postreros arde,  
cuando ráfagas mil puras y varias  
tiñen el cielo de colores bellos  
y goza una emoción el alma en ellos  
que la extasían y elevan sus ideas,  
iba yo revolviendo en mi memoria,  
por un bosque cerrado de altos pinos,  
los grandes nombres que escribió la historia  
en el libro inmortal de los destinos.  
La ilustración que les debió la tierra,  
las luces y virtudes que sembraron,  
compensaban los males que en la guerra  
con sangre escritos y con hiel dejaron.

«¡Oh destino feliz de héroes! -decía-,  
¡qué importa que os encubra ya la tumba,  
si el eco de la gloria en torno zumba  
y se estrellan los siglos en sus ecos!  
De esos mármoles huecos,  
inmortal vuestra voz al mundo clama,  
el mundo la oye y, al valor alzando  
altares sobre altares,  
os invoca sus Dioses tutelares.

Sombra del Macedón, tú, cuyo acero  
hermoso cual el sol brillaba un día,  
en tanto que en tu grande pecho hervía  
la insaciable ambición de noble gloria,  
tú que ataste con rosas la victoria  
detrás del carro vencedor de Marte,  
¡salud mil veces! ¡Quién cortar pudiese  
una rama tan sólo a tus laureles  
y con ella de honor su sien vistiese!  
Mísero a mí, en la obscuridad nacido,  
no me es dado trepar al alto templo  
do tu nombre ha subido  
ni seguir tus hazañas y tu ejemplo».

En tales pensamientos embebido  
senteme de un castaño sobre el tronco,  
apoyando en la palma de mi mano

mi rostro triste a su placer caído.  
Silencio eterno dominaba el prado,  
sólo la yerba se mecía a trechos,  
y, juguete de amor los sauces hechos,  
formaban un susurro compasado.  
Cuando me hirió el oído  
de un ropaje flotante el movimiento,  
semejante al ruido  
de una nube de polvo que alza el viento.

Vuelvo los ojos y, azorado, veo  
un joven cuya cara deslucía  
la cara de la luz del medio día.  
Airosa su estatura y, cual la nieve,  
su vestidura leve  
por el aire ondeaba desplegada.

Mi lengua a mover voy y encadenada  
pronunciar las palabras no podía.  
No era temor, veneración tan sólo  
manaba de su rostro refulgente.  
Ya, por fin, más osada,  
andar lograba la indecisa planta,  
y él, dándome su mano,  
«tente -gritó-, no soy ningún tirano.

Oh vates, oh vosotros, cuya lira  
de siglo en siglo en Helicón sonando,  
cantar consigue con su plectro blando  
los grandes hechos que la tierra admira,  
vosotros que de oliva circundada  
mostráis al orbe vuestra altiva frente,  
tomad la lira; vuestro ejemplo aliente  
el son humilde de mi voz cansada,  
y cantando el destino de aquel día  
hienda los aires hoy la musa mía.

El genio soy del bien y de la vida,  
no tiembles. Tiembla que el Averno aborte  
esa raza de horror aborrecida,  
los héroes que invocabas de su corte.  
Hombre de maldición, ¿será que osado  
tu labio invoque resplandor del mundo  
al hombre cuyo brazo furibundo  
cubrió de luto el universo entero?  
¿A aquél que hundió en el Polvo de la nada

una generación y mil tras ella,  
y ahogó en su cuna la esperanza bella  
de ver la tierra por la paz poblada?

Sed de sangre enardece a los humanos,  
la paz, la dulce paz, los tiernos lazos  
de tenderse unos brazos a otros brazos  
y vivir disfrutando cual hermanos,  
no son dones que precien los tiranos.  
¿Qué bienes reportó a la triste tierra  
ese enjambre de nombres sanguinarios  
que el mármol en sus cóncavos encierra  
y perfuman mil viles incensarios?

Ya sin ellos, con lazos fraternales  
unidas las naciones reirían,  
la vida y el amor poblando irían  
el campo alegre con su aliento hermoso.  
Mas la peste soplaron y el veneno  
por el mundo infeliz sus fieras bocas,  
la peste y el veneno respiraron  
los hombres, los sembrados y las rocas.  
Ni los tiernos vagidos de los niños,  
ni los blancos cabellos del anciano  
pudieron contener su impía mano  
regando en sangre los hogares santos.

Cayó la virgen a su amor llamando,  
murió el infante en el materno pecho  
sus palmas a los cielos levantando,  
sus ojos rutilantes de despecho.  
¿Y éstos los héroes son que tú apellidas  
honor del orbe? Responded, naciones».  
Y al momento dos hembras parecieron  
que en su noble ademán y sus acciones  
el respeto a mis ojos impusieron.  
Un «ay» hermoso cual de labio amante  
la más joven vertió, y su voz alzando:

«América»

«¡Infeliz! -exclamó-. La paz mandaba  
sobre un trono de rosas en mi suelo,  
y en él llovía la abundancia el cielo  
y de oro y esplendor mi sien orlaba.

Ante el altar de la igualdad postrados,  
mis hijos me ofrecían oblacones  
y, a ritos inocentes avezados,  
respiraban virtud sus corazones.

El oro en los mineros escondido  
sus ojos no cegaba,  
la sencillez sus cunas igualaba  
y en brazos de la paz su amor crecía.

Se alzó la mar un día  
y, de sangre entre tumbos y de espuma,  
vomitaron sus olas  
de su seno unas naves españolas  
de crímenes preñadas y de muerte.

Aprestan sin piedad sus huecos bronces  
y sale rechinando por el viento,  
mortífero y sangriento,  
un plomo destructor por mí no visto.

Allí cayeron con horror mis hijos  
y, llenando los aires de alaridos,  
en las cuevas y grutas se escondían,  
y en las cuevas y grutas perecían.

Salta a mi playa el español tirano,  
y corre a desolar mis campos bellos  
afilando el puñal entre su mano,  
reteñidos de sangre sus cabellos.

La ley de la invasión le erige en dueño,  
es virtud la matanza y el pillaje  
que montes de cadáveres levanta  
donde toca su planta,  
sentándose cual déspota a su sombra,  
y nuevo Rey de América se nombra.

Vuélvense abrojos las doradas mieses,  
en desiertos se mudan los poblados,  
y al son de mis cadenas  
me mandan bendecir tan crudos hados.

Claman ilustración, «te ilustraremos  
-los malvados me dicen-,  
nuestras ciencias y luces te daremos,



que mil días de gloria te predican».

Y al momento, sacuden en su mano  
un látigo, inclemente y acerado,  
conduciendo cual bestias al arado  
al triste y oprimido americano.

Sí, gloria al español que ató el primero  
con fuertes nudos mi oprimido cuello,  
sus sienes adornad de lauro bello,  
resuenen himnos a su triunfo fiero».

«Asia»

«Del Oriente a los montes del Ocaso,  
de polo a polo gigantesco alcanza  
el gran nombre del héroe cuya lanza  
convirtió la ciudad en campo laso.

Nace, y, apenas los acentos forma,  
arden en sed de sangre sus entrañas  
y, al oír de Filipino las hazañas,  
llorando pide le reserve triunfos.

Nada refrena su ambición de gloria,  
bebe a raudales la vertida sangre  
y más se inflama; vence, y la victoria  
el fuego atiza que su pecho abrasa.

Los ríos se mezclaron con los ríos  
teñido su cristal de roja grana,  
y, hacinando los muertos en su curso,  
patente hicieron su victoria insana.

Mis flotas perecieron y mis gentes  
al hierro y a las llamas entregadas,  
entre escombros y polvo sepultadas,  
su tumba hallaron do su hogar estaba.

De par en par abiertas  
al ronco son de su clarín mis puertas  
entra, tala, devora  
y me muda en sepulcros en una hora.

Y fue mi juventud, y fue mi orgullo,

que rodando cayó a los pies sangrientos  
del tirano cruel, a su barbarie  
temblaron agitados mis cimientos.

Esta ansia de matar, esta crudeza  
elevada en virtud, corrió clamando  
la gloria de Alejandro y su grandeza.

Grande le apellidó el destino impío,  
sí, grande en mortandades y en horrores,  
y en causar a las madres más dolores,  
que arenas tiene el caudaloso río».

Dijeron, y cual rayo que en las nubes  
se deja ver y presto desaparece,  
de mis ojos al punto se alejaron.

La noche de tinieblas se vestía,  
yo azorado y dudoso  
los pasos dirigí a la choza mía  
a meditar suceso tan grandioso.